

EL ESPAÑOL

SEMENARIO DE LA POLÍTICA Y DEL ESPÍRITU

Año I. - Número 5 (extraordinario). -- Madrid, 28 de noviembre de 1942. -- Aparece los sábados. -- Precio: UNA PESETA

COLABORACIONES
ESPECIALES

de Sánchez Mazas, Arellza, Castroviejo, Pedro Salvador, Pérez Solís, Félix García, Martín Almagro, Tomás Borrás, Cabanas, Mateo, Vega, Cayetano Alcázar, Manuel Ballesteros, Ferrándiz, Viñas, Serra Rafols, Lorenzo Villalonga, Lucio del Alamo y Escobotado. NOVELAS de Villalonga, Pedro Álvarez y José Vicente Torrente.



LA DECISION IRREVOCABLE

Por JOSE M. DE AREILZA

VUELVEN a sonar con acentos de inusitada gravedad las horas en el reloj de nuestra historia nacional. Como en tantas otras ocasiones, se acerca el torbellino de una guerra exterior al meridiano de España. Solamente los que se acogieron a la habitual frivolidad de suponer que el cuadriltero ibérico era una plataforma exenta del vendaval guerrero sobre la cual bien podíamos extender un castizo colchón para curar al sol nuestras heridas recientes pueden sorprenderse de este acontecimiento bastante previsible dentro de lo humano.

Lindan nuestras fronteras desde tres semanas acá con Alemania por el Norte y con Estados Unidos por el Sur, o, si se quiere mayor propiedad en el lenguaje, con la Wehrmacht en los Pirineos y el Ejército norteamericano en el Rif. La irrenunciable geografía peninsular nos sitúa así entre los dos colosos en pugna. Ignorarlo o fingir alegre desenfado sería en los momentos actuales pecado y demencia.

Importa sobre todo mantener la fría serenidad de juicio que no altere la perspectiva de los valores en juego con la angustiada presión de los acontecimientos palpitantes. Que el aturdimiento no sea la consecuencia del estrépito guerrero, sino al contrario, la clarividencia. Seamos imperturbables ante la commoción. Y mantengámonos en alto el puñado de verdades y de anhelos que sirva de quión luminoso para unir a los españoles en este trance sombrío de la Historia del Mundo.

Porque de esto se trata por encima de cualquier urgencia. De unificar, de lograr la unidad compacta, el unsono moral y político. Una voz unánime que represente a la comunidad hispánica. Un brazo ejecutor al servicio de la voluntad colectiva de España. Sin esta premisa no hay sino padecimiento, resignarse en la pasividad, ser pueblo yunque. El desmoronamiento sería la inevitable secuela. Pues ya es sabido —y ejemplos bien cercanos lo han subrayado— que la fortaleza moral de las naciones es más importante que la misma potencialidad de armamento, y que el desarme espiritual es harto más peligroso que la penuria de cañones.

Nuestra fuerza, el cimiento sobre el que ha de apoyarse la tranquila confianza de España es precisamente la reciente decisión victoriosa—joven de tres años—de la dolorosa y sangrienta guerra de liberación. Trance amargo y penoso para cualquier nación—el más trágico y estéril seguramente—es éste de luchar entre sí los compatriotas escindidos por el odio, por las doctrinas encontradas. Pero a cambio puede hallarse quizás un inmenso beneficio en la cercanía del triunfo, en la capacidad de integración del pensamiento vencedor, en la conciencia extensa y profunda de lo que vale la victoria alcanzada, de su precio exorbitante en vidas y sacrificios. El español sabe hoy lo que cuesta reconquistar una Patria, rescatar una bandera, confesar una fe, tener ante el extranjero una voluntad independiente. Lo ha sufrido en su carne y en su alma. Desde el 18 de julio de 1936 hasta el 1 de abril de 1939 rió una dura batalla media nación, que creía resultantemente en aquellos principios, contra la otra media, que, ignorante o emponzoñada, los repudiaba.

Porque uno de los bandos en lucha, el nacional, alcanzó la decisión rotunda en su favor es por lo que hoy en España puede aún hablarse de albedrío exterior, de voluntad propia ante los benévotos de defensa a ultranza de nuestra soberanía, de la intangibilidad de nuestros anhelos. La España anterior no hubiese podido jamás hacerlo. Desde la congénita declaración constitucional que nos proclamaba país inerte, hasta las solemnes valedades proferidas una y otra vez por el Sr. Maderriaga y sus acólitos en el parnaso de Ginebra, recalcando con tenacidad que nuestra Patria no era sino una «potencia moral», todo conspiraba en la segunda República a definir la sustancialmente como un régimen que renunciaba a que España fuera nunca una potencia respetada en el mundo. En la línea de las más dóciles seguidoras de la tenebrosa inspiración masónica guardaba la República española con uno de los primeros puestos ganados en buena competencia de servilismo y sumisión a los mandatos de las altas dignidades.

(Sigue en la página 12.)

BOMBARDEO DE GIBRALTAR

Acción nocturna de aviones

Contra la más potente defensa antiaérea

La revista italiana La Forze Armate, del 3 de noviembre, publicó, bajo el título "Con nuestros aviones sobre Gibraltar", el siguiente artículo:



EL capitán piloto Maner Luadi, periodista y combatiente, ha participado, elegido previamente por el Ministerio de Cultura Popular, en la reciente acción contra Inglaterra. He aquí sus impresiones, dadas por toda la Prensa italiana:

«Cuando nuestro aparato pudo librarse del inmenso campo polvoriento que parecía haberse tragado a la gran máquina, me pareció ser partícipe de un prodigio.

Un prodigio más de brujo que de santo.

Treinta mil kilos y aún más se habían elevado al cielo.

El aeroplano, desde el extremo del campo, había corrido contra la dirección del viento en vuelo rasante, aullando desesperadamente con todos sus motores y sometiendo a tortura, en sus oscilaciones, producidas por el tortuoso del terreno, al tren de aterrizaje. Expresaba en su rodar a ritmo de camaleón, más un ansia de ganar el espacio que una efectiva seguridad de ser digno de él. Otra vez más el aeroplano mostraba su humanidad y su positiva inteligencia.

Casi al final del campo, si el aparato parecía un poco más desenvuelto y menos apegado a las cosas de esta tierra, tampoco osaba meter el hocico en el terreno de los dioses.

Los motores daban el máximo rendimiento posible; la maniobra se con-

ducía a la perfección; en estos casos (es fácil ensimismarse en el ansia del piloto que atenaza los mandos, y de la tripulación que, consciente, asiste a la maniobra) se espera propiamente que el buen Dios eche una mano a la física y a sus derivados y conforte con la otra la voluntad irreducible de los hombres. He indicado la gran dificultad de despegue de estos «mastodónticos» aeroplanos de bombardeo de gran radio de acción, porque la dificultad y los riesgos de un vuelo sobre Inglaterra podrían parecer relacionados, mejor que otros, con la ejecución del bombardeo sobre el objetivo.

Cuando nuestro aeroplano, que, pintado de humo negro, parecía furioso de no poder despegar del amarillento polvo del aeropuerto, ha saltado al viento, y para ganar impulso ha recogido inmediatamente el tren de aterrizaje, me ha parecido sentir un rumor de cantos perdidos.

Eran seguramente nuestros corazones, que se habían hecho musicales.

El cuatrómotor llevaba varios miles de litros de gasolina, toneladas de bombas, muchos centenares de kilos de aceite y una numerosa tripulación.

Y al arrancar, proa al Oeste, ha iniciado un vuelo para cumplir una misión de guerra a más de tres mil kilómetros. A bordo comienza una actividad or-

denada; la comunicación entre persona y persona se hace por el interfónico o teléfono interno, que enlaza la cabina del mando con los motoristas, con los radiotelegrafistas y los encargados de las armas.

Vamos en busca de las alturas propicias.

La navegación instrumental fija sus leyes, que son teóricamente inmutables; los grandes brújulas se controlan la una a la otra; la autodirección (una especie de piloto automático parcial que mantiene la ruta del aparato, dejando a veces libre el timón de profundidad) lleva a la máquina por las rutas invisibles.

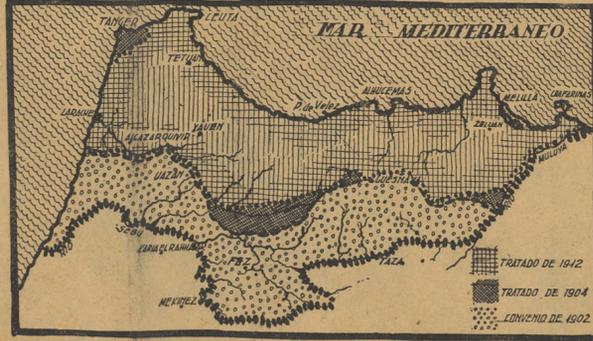
(Sigue en la página 12.)

27 noviembre 1912

UNA EFEMERIDES QUE ESPAÑA NO PUEDE OLVIDAR

Por JOSE CORDERO TORRES

EL 27 de noviembre de 1942 se cumplen treinta años de aquel día, ciertamente lamentable, en que un ministro de Estado español suscribía con el embajador francés M. Geoffroy el Tratado de partición de protectorados en el Imperio morroquí. No decimos como otros el tratado definitivo para distinguirlo de su precedente de 1904, por varias razones. La primera, porque la partición no ha resultado tan definitiva, ya que el apetito del colonialismo francés (aparentemente satisfecho con la parte del león arrebatada en 1912), no ha desistido ocasión para aprovechar el más pequeño bocanado que se haya ofrecido a sus fauces. Como las cabillas fronterizas de Beni Zerual, Gueznaya y Guezaua, que ocupó entre 1925 y 1928 provisionalmente, de acuerdo con España y para reducir la rebeldía de Abd-el-Krim, que había puesto en un aprieto a la línea francesa del Uarga, que se salvó con Taza y Fez por el desembarco español en Alhucemas. Claro que nunca es tarde si se aprende la lección, y los españoles, recientemente aleccionados durante nuestra guerra, hemos comenzado a dar señales de inteligencia, incorporando Tánger al Marruecos amigo y protegido de España. Pero además, el Tratado de 1912 no es ni puede ser definitivo para España, porque nuestro país nunca ha renunciado al puesto único e insustituible que le corresponde como hermano mayor de todo Marruecos para ayudarlo en sus primeros pasos de país en reconstrucción.



Muchos y muy sabrosos datos podrían exhumarse en relación con el calamitoso Tratado que desde hace treinta años vienen padeciendo Marruecos y España. El descuartizamiento del Imperio morroquí se había precipitado en los momentos menos favorables para nuestro país, recién atropellado en Cuba y Filipinas. Coincidió, o mejor aún, fue un producto de los primeros tanteos diplomáticos de la flamante «Entente cordiale» recién constituida. Así, a medida que ésta se perfecciona, y que el interés alemán se aleja (naturalmente que por la obtención de compensaciones), España se veía peor tratada en cuanto a sus derechos en Marruecos, tan fuertes, que ni aun disminuidos se atrevieron a negarlos Francia e Inglaterra. Desde una proyectada partición en dos zonas casi iguales (1902) a otra mucho más desfavorable (1904), España lo soportó todo: la reunión de una Conferencia en la que el delegado sueco, por ejemplo, tenía un voto igual al nuestro. La intrusión alarmante de Francia en las más ricas regiones del

paternal presencia del embajador de Su Majestad Británica en Madrid, mister Bunsen, que «casualmente» asistía e intervenía en las deliberaciones, a pesar de no ser parte.

No queremos que esta evocación revista la forma de un lamento más o menos impotente, para remediar lo ocurrido. Ni de imprecaciones contra nuestros viejos políticos. Su pecado no consistió en aceptar la inclusión de nuestro país en la órbita de las potencias occidentales, que bien pudo ser un sistema aceptable dadas las circunstancias, sino el de aceptar débilmente esa inclusión sin contrapartida a nuestro favor. Porque 26,000 kilómetros de tribus rebeldes al Sultán, con montañas y espanto, no eran, ciertamente, ninguna compensación. El estilo de la nueva España no es éste. Nosotros sólo queremos recordar del pasado el entuerto inicial, por lo que tiene de agravado y vivo, y la experiencia, francamente satisfacto-

ria para nuestra capacidad como país protector, de nuestra labor dura y difícil hasta pacificar sin regateo de sangre ni de dinero la zona que se nos asignó, y después para hacerla florecer en hermandad y colaboración con su población indígena, elevándola a un nivel de prosperidad que no conoce el Marruecos llamado francés, a pesar de sus riquezas y de sus facilidades naturales.

La evocación de estos treinta años de sacrificios de España en Marruecos nos sorprende en momentos críticos para el mundo, y muy especialmente para el territorio y la población mogrebi, envuel-

ta, por su «protectora» gala, una vez más, en otro conflicto ajeno a sus intereses, y que, sin embargo, sólo daños le ha podido reportar. Quizá precisamente merezca por ello que no pase esta fecha, como en años anteriores, con una mera afirmación interior de nuestra voluntad de ocupar el puesto que nos corresponde en el Morreb. No; nuestros títulos son anteriores y superiores a estos acontecimientos bélicos. No pueden enervarse por ellos. España, por encima de toda dificultad, más pronto o más tarde, los hará fructificar.

Y, naturalmente, nuestros títulos, en mucha menor escala, han podido quedar afectados por aquel desdichado trozo de literatura diplomática que hace treinta años se nos impuso, y que hace dos años comenzamos a repudiar con hechos. Como ya lo había repudiado con su conducta egoísta la otra parte firme, casi desde la fecha en que lo firmó...

TEMA PASTORIL CON VARIACIONES

SANNAZZARO Y CRISOSTOMO

Por RAFAEL SANCHEZ MAZAS

LA «influencia pastoril» de Sannazzaro (1430-1530) se indica siempre en los manuales. A mí me pareció que en la «Arca» se había inventado el «arte rítmico» de la prosa de Cervantes, su peculiar manera de componer y retamar el párrafo de mala y, en fin lo más sensible, exterior y «seicentista» de lo que se suele llamar estilo cervantino: «vida y dulzura» de la Galatea y «medias mieles» del Quijote. Creí que todavía se inventó más en el breve y pesado libro del poeta napolitano, o sea la pauta musical de los versos de Garcilaso de la Vega, que menos evidente me aparecía en Francisco Petrarca y los toscanos, sea por los juegos de rima y ritmo como por el dibujo gramatical del verso, «¡Oh, más dura que el mármol a mis quejas!», etc. (tres compases de Sannazzaro). Pero puede que entonces me equivocase y ahora no tengo a mano la Arca, porque se la llevaron los rojos, con otros varios y bastantes libros, que eran cuanto tenía. La poesía pastoril no podía menos de consentirles.

De recordito al abate Meli—para no salir de Sicilia, pasando por Europa entera—, verso y prosa de ninfas y pastores son una invitación al amor libre y a la comunidad de bienes, cuando no a peores y aún diría nefandos desvarios. En el tiempo cristiano no son además el refugio literario del laicismo. «Mandó (Crisostomo para su entierro) tales cosas, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles». Según la señora de Staël, Rousseau «quería conducir a los hombres a una clase de estado, de la cual sólo la fabulosa Edad de Oro puede darnos idea». Claro que la propiedad no existía entonces. «Dice que la propiedad y dichosos tiempos aquellos—exclama Don Quijote—a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados...» «los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mio». Y más adelante: «Yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de Oro o la dorada, como suele llamarse». Pues allí, la decadencia de costumbres—aun sin Coridones y Alexis—no salía mejor parada que el Derecho Romano, porque, al decir del propio Don Quijote, «las doncellas y la honestidad andaban por dondequiera solas y señeras, sin temor a que la ajena desventolura y su pérdida nacía de su gusto y propia voluntad». Andando el tiempo progresaron estas mozas del cuerpo garrido, y «su perdición» no sólo «nacía de su gusto y propia voluntad», sino de su violencia armada de honda y dardo pedrero, con lo que asaltaban en Guadarrama o donde fuere al camante, le apaleaban, le saqueaban, le convidaban a vino y fuego, pan y queso y entre besos y risas pasaban, como dice D. Ramón Menéndez y Pidal, «a otra lucha». Son un precedente del «masoquismo», y la Tercera República Francesa las hubiera pagado a peso de oro, aparte de que venían de la Edad de Oro, donde «libertad, igualdad y fraternidad» tuvieron su primer asiento, Rousseau era tímido y vil. También le convenía esto. Su gran amor, la Baronesa de Houdetot, le conquistó, picada de viruelas, fea, de ojos saltones, irrumpiendo en su casa con traje de montar, de hombre, fusta en mano. Pero el asalto erótico, serrano, parece que donde tuvo su realidad histórica fue en una herjeja vascongada que se llamó «la Caridad de los Ambotos», y de ahí viene la leyenda de la Dama de Amboto. Circe duranguesa. Cuenta un cronista manuscrito de El Escorial, que hombres y mujeres se reunieron en lo alto de aquellas peñas para descender furtivamente a los caminos y asaltar a los viandantes de ambos sexos. Era una seranilla del Arcipreste de Hita colectivizada, y el cronista manuscrito dice que el Rey mandó al Durangueso ballesteros que destruyesen a estos devotos del amor forzado—última expresión del amor libre—como alfamañas.

Esta quimera pastoril y primaveral—que tan delicadamente pintara Sandro Botticelli—

li—va del recuerdo de una Edad de Oro perdida a la utopía de una Edad de Oro recobrada. El «cetero sylvarum», el silvano de la Egloga renaciente, acaba en el salvaje beneficio de Juan Jacobo y entrambos quieren devolvérselo a la dichosa ingeniería.

(Sigue en la página 11.)



COMUNIDAD ESPIRITUAL DE LOS PUEBLOS BALSANICOS

Entrevista con el enviado especial de «Zora», de Sofía, Petr Neícov

ARA vez nos ponemos en contacto con los españoles y búlgaros. Y sin embargo, este contacto podrá ser fecundo. España y Bulgaria, países de la periferia de Europa, pueblos de Marca, tienen de común una virilidad caballeresca, aguzada en unos y otros por la lucha contra el invasor musulmán—árabes y bereberes aquí; turcos osmanlles en su tierra—, el sentido cristiano de la vida, en ellos la Iglesia ortodoxa, nacional, y hoy, además, la rotunda actitud anticomunista.

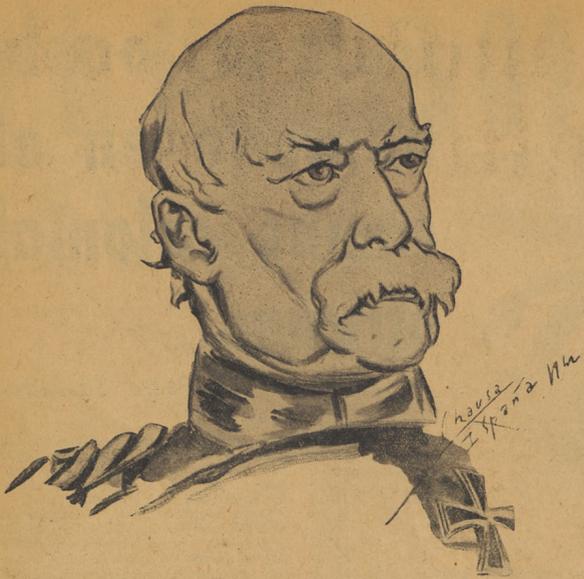
A Madrid ha llegado, como periodista—alto periodista—, enviado especial de la «Zora» (Aurora), de Sofía, el señor Petr Neícov, ministro plenipotenciario, antiguo representante de su país en Atenas y Praga. El señor Neícov es Presidente de la Asociación Hispano-Bulgara, la cual, no obstante las dificultades de la guerra presente, viene trabajando por la aproximación, en todos los aspectos, entre búlgaros y españoles.

Neícov es alto, fuerte, con un aspecto saludable magnífico; su cordialidad es cordialidad, la cordialidad sensata y madura de quien ha visto y sentido muchos paisajes y muchos acontecimientos. A veces, su sagacidad se desen-

vuelve en un cierto humorismo muy de canchillera, pero sin la frialdad que parece inherente a todo lo que es diplomático. Nos presenta a su hijo, secretario de la Legación en Madrid, y al señor Kerekov, consejero de Prensa de la Legación, que media algunas veces en nuestra charla y nos aclara y completa detalles.

(Sigue en la página 12.)





Bismarck

EN LA POLITICA SOVIETICA

En Moscú se ha editado su libro
«Pensamientos y Recuerdos»

PARA EL CANCELLER DE HIERRO EL PELIGRO
MAYOR ERA EL CHOQUE CON RUSIA

Por HEINRICH BECHFOLDT



Bismarck en el año 1890.

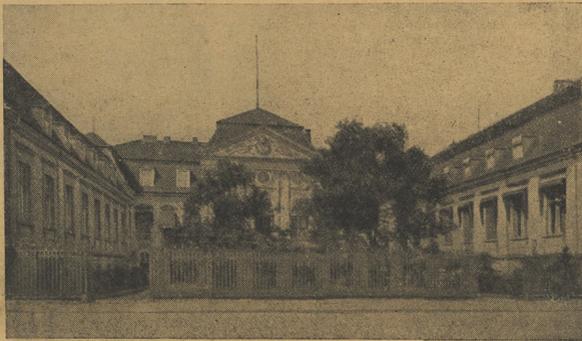
En otoño de 1940, la Editora de Estado económica-social de Moscú publicó el primer tomo de una traducción rusa de *Pensamientos y Recuerdos*, del príncipe Otto von Bismarck. El editor, profesor A. S. Jerussalinski, no trataba de satisfacer una necesidad históricocientífica. Se proponía más bien un fin político inmediato, ya que este libro era el primero de una nueva serie, en la que la Editora iría presentando bajo el título "Biblioteca de Política Exterior" memorias de destacados diplomáticos burgueses, ensayos sobre historia de las relaciones interestatales y formularios sobre la diplomacia aplicada. Prometía ser de gran utilidad para funcionarios del Partido, jefes del Ejército y, en general, para todas las inteligencias soviéticas. Y como justificación se citaba a Lenin, que siempre había recomendado a los políticos revolucionarios el estudio de los métodos de los contrarios para comprender "el secreto que da a luz a la guerra". Con esta idea se elige un libro alemán precisamente como tomo primero de la serie. Naturalmente, esto se hacía con una significativa tendencia en política exterior; antes del 23 de agosto de 1939, ni la Editora de Estado ni siquiera ningún profesor soviético de Historia se habían ocupado de manera tan chocante de Bismarck. Sin embargo, después de esta fecha era mencionado a menudo su nombre, haciendo alusión a los fundamentos de la nueva orientación política, según costumbre muy difundida en los últimos años en la U. R. S. S., consistente en apoyarse, cuando les convenía, en los hechos y las personas del pasado reaccionario y burgués. Una traducción de Bismarck en el año 1940 debía ser, además, una prueba eficiente contra todos los que no querían conceder al Pacto de Moscú el valor que tuvieron las relaciones germanorusas en la época del Canciller de Hierro. Y de hecho, Inglaterra y Norteamérica se sintieron molestas al anunciarse esta edición.

En 1898, la aparición por primera vez de *Pensamientos y Recuerdos* constituyó un significativo acontecimiento político. El testamento del gran muerto constituía un poderoso veto contra la nueva orientación de Guillermo II frente a Rusia. Pero en 1940, Alemania y la Unión Soviética, como sucesora del Estado zarista, mantenían relaciones ordenadas por un Pacto. Una repetición de la advertencia en el sentido de la del año 1898 era, por tanto, superflua. Pero Moscú se esforzaba por ampliar lo tratado; deseaba ver a Alemania en una situación que no sólo estaba copiada de las reflexiones de Bismarck y del Tratado de 1939, sino que exigía algo más que buena voluntad y amistad. Esto podía comprenderse claramente leyendo las glosas al texto de Bismarck en determinados momentos de la Historia. En ellas se interpretaban de modo especial los motivos de su acción.

El historiador Jerussalinski, autor de la edición, considera del siguiente modo el

desarrollo de la época comprendida entre los años de 1863 y 1873:

En 1863 estalló una sublevación en la parte rusa de Polonia. Bismarck quiso aprovechar la oportunidad para recuperar el perdido frente a Rusia y propuso una Convención militar que sofocase en común el levantamiento. Francia, Inglaterra y Austria emprendieron gestiones diplomáticas en San Petersburgo; al Zar le parecía muy bien que esta vez en caso serio Prusia "se colocase al lado de Rusia". Bismarck se hizo pagar este favor con la neutralidad de Rusia en la guerra contra Dinamarca. Amenazó con una aproximación a Francia; pero Gortschakow no dió importancia a sus alusiones: "Rusia se mantendrá al margen del conflicto. Para ello tiene motivos, tanto de política interior como exterior; pero no se trata de eso." En la guerra contra Austria, "tenía la seguridad de que Rusia no se mostraría inclinada a salvar a Austria". Y también con motivo de



El palacio de la Cancillería Imperial, en la Wilhelmstrasse, de Berlín.

las diferencias francoalemanas podía "estar tranquila Prusia respecto a su frontera oriental". Bismarck mostró nuevamente su favor a los rusos, ya que con motivo de los esfuerzos de éstos por librarse de las cadenas del Pacto de París, propuso una Conferencia. De hecho, Gortschakow logró allí su objetivo. Sin embargo, durante la guerra de 1870-71, se notan tendencias en Bismarck—sobre las que quiere callar *Pensamientos y Recuerdos*—de querer llegar a un acuerdo con Inglaterra. Ya en 1870 indicaba al embajador inglés que consideraba a Inglaterra y a Austria como sus aliados naturales. Después de la experiencia de la Comuna parisiense, advirtió a Londres que debía permitir todavía a Inglaterra el órgano de la Internacional, con lo cual "un historiador alemán de nuestra época se muestra inclinado a considerar que Bismarck intentó de este modo sondear el terreno para una mayor aproximación a Inglaterra". Pero la mano que se tendía "quedó en el aire". Por esto Bismarck trajo a primer plano la idea de la comunidad de intereses dinásticos de las tres Monarquías del Oriente europeo. "Sobre esta base construyó el acuerdo de los tres emperadores." Pero antes y después se aprovechaba de las diferencias entre Rusia e Inglaterra: "En este sentido, las relaciones con Rusia no son tan sinceras como nos las presenta en *Pensamientos y Recuerdos*."

También en el importante período de 1876 al 1884 sigue Jerussalinski del siguiente modo: Con el aislamiento producido por la crisis germanofrancesa, las sublevaciones de los Balcanes le vinieron a Bismarck como "llovidas del cielo". Frente al embajador británico—ya que las relaciones con Rusia eran por el momento demasiado difíciles—, se declaró dispuesto a "poner a disposición de una potencia amiga su influencia en los Balcanes". Pese a que la oferta pare-

cia ser conveniente, "se quedó en el aire". Durante los amplios preparativos que precedieron a la guerra de los Balcanes, en el año 1896, Alejandro II preguntó en Berlín cuál sería la posición de Alemania en caso de guerra entre Rusia y Austria. Las esperanzas del Gobierno zarista no fueron justificadas. Pero tampoco se cumplieron las esperanzas de Inglaterra. Cuando Disraeli se mostraba dispuesto a llegar a un "verdadero Pacto" a causa de la agudización del peligro de guerra, Bismarck también lo rechazó, porque esto habría dado por resultado el ponerse contra Rusia y le habría llevado a una guerra de dos frentes. Además, Bismarck quería "dejar a Inglaterra, y si fuese posible, también a Austria que sacasen las castañas del fuego". Con esto, la situación de Alemania fué indudablemente más favorable, y Bismarck soñaba ya con una situación ideal: todas las potencias necesitan de Alemania, y sus discordias son tan gran-

des, que la creación de una coalición común contra ella es cosa imposible. "Naturalmente, nunca llegaron a realizarse estas ideas", se apresura a asegurar Jerussalinski, "ya que Bismarck no se tomó la molestia de aumentar los roces entre las potencias europeas". Su papel de "honrado intermediario" consistía en hacer hábiles singladuras por entre estas discordias en el Congreso de Berlín. Pero apenas terminó éste, se hizo imposible trabajar al mismo tiempo con todas las potencias. Bismarck tenía que elegir, y se decidió por Austria-Hungría. En sus Memorias, no trata de las crecientes diferencias con Rusia surgidas por ambas partes a consecuencia de la lucha económica de las clases dirigidas. En todo caso, el Pacto con Austria se dirigía contra San Petersburgo. Al principio, el Kaiser Guillermo II se resistió, pero Bismarck adujo tantas razones, que, por último, realizó su plan. "Sobre todo, una de estas razones llamó la atención: Bismarck aseguró que Alemania, después de realizar su alianza con Austria-Hungría, lograría más fácilmente la unión con Inglaterra. Esto no eran meras frases; en otoño de 1879, Bismarck volvió a preguntar a Inglaterra si estaba dispuesta a realizar una alianza con Alemania." En el transcurso de las negociaciones se vió que Inglaterra sólo estaba dispuesta a realizar un pacto para azuzar a Alemania contra Rusia. "Bismarck comprendió las dificultades que acarrearía una guerra contra Rusia. En cuanto tuvo una visión clara de esto renunció a su juego. En 1879 suscribió un pacto de alianza con Austria-Hungría. Apenas terminada la alianza comenzó a preparar el terreno para una aproximación a Rusia. Por parte rusa se intentó llegar a un acuerdo dirigido contra Austria-Hungría. Bismarck no accedió a esto. Pronto se volvió a tocar el resorte político de la ya gastada idea de la solidaridad de los intereses monárquicos de los tres imperios orientales. Después del asesinato de Alejandro II esta idea volvió a tener actualidad y a Bismarck le fué posible renovar por poco tiempo la alianza de los tres emperadores."

La última parte del ensayo de Jerussalinski es de gran importancia, ya que con sus hipótesis el autor se ve en el aprieto de tener que renegar de los resultados de la investigación científica. Naturalmente, con su sistema tampoco acierta en modo alguno la interpretación del año 1887: "Después de terminar el segundo Pacto de los tres emperadores, los rusos ya no

quisieron su renovación, pues la presión de los paneslavistas ya no permitía un arreglo secreto con Viena. Bismarck tuvo que volver a la idea de una alianza bipartita, tal como ya en 1879 le había propuesto Sabitrow. El Gobierno zarista había pedido una compensación y Bismarck accedía gustoso, desentendiéndose de la cuestión de los Estrechos. En realidad, todo estaba hecho de tal modo que la compensación prometida a Rusia no era necesario realizarla. En los *Pensamientos y Recuerdos*, Bismarck no gasta una sola palabra en este tema. Lo que en realidad sucedía era que a Bismarck le había sido posible—si no de manera abierta, sí entre bastidores—establecer contacto con los ingleses. Este contacto se puede reconocer en los dos pactos ingleses del verano 1885 y del verano 1886. Pero Bismarck "no quería sacar a Inglaterra las castañas del fuego". Como Inglaterra no encontrase ningún apoyo para proceder activamente contra Rusia, "tuvo que realizar un acuerdo con Austria y con Italia. Alemania no se había adherido a este acuerdo, pero Bismarck se ocupaba de la creación de la Entente. De este modo, en lo fundamental, no contaba para nada de la neutralidad de Rusia en caso de un ataque de Francia a Alemania". Aparte de las relaciones oficiales, la situación rusoalemana empeoraba más y más, y así, a principios de 1889 Bismarck hizo por su parte una oferta a Inglaterra. El historiador alemán Wilhelm Schüssler ve en esta empresa un gran éxito; "pero los éxitos se consideran tales generalmente después de ver los resultados. Las complicadas combinaciones diplomáticas de Bismarck terminaron con un fracaso". Después de fracasar las negociaciones con Rusia, Bismarck se esforzó más que nunca por conservar un lazo con San Petersburgo, por lo menos en el marco de la seguridad recíproca, "pues el peligro principal para Alemania le veía él en un choque con Rusia. Como Schüssler señala atinadamente, esta política de Bismarck echa por tierra el concepto de la fuerza y la invencibilidad del pueblo ruso". Esta es la sabiduría de la última decisión, y Jerussalinski recoge como testimonio para su afirmación una carta del embajador Hatfield, según la cual Bismarck dice que nunca se habría atrevido a entrar en un conflicto y si no había otro remedio lo

volvía después de la tutela rusa. Y por lo menos, desde la crisis de Francia del año 1875, su política fué de absoluta lógica. Por el contrario, Jerussalinski no comparte la opinión de que Bismarck intentase inútilmente el contacto con Londres, regresando nuevamente a las relaciones con San Petersburgo en los años 1871-75, 1879, 1885, 1886 y, por último, en 1889. Es extraño que en el año 1940 se nos presente en Moscú bajo el nombre de Bismarck a un colegial angustiado y casi mendicante de la diplomacia zarista que con sus experiencias de los años 1848, 1854-56 y 1859 hubiese tenido que darse cuenta de que el futuro de Alemania no podía asegurarse más que por la alianza unilateral con Rusia, de tal modo que los frecuentes sondeos para obtener una alianza realizados en Londres son presentados como equivocaciones políticas y que en todo caso los conflictos con Rusia no han sido más que catástrofes para el Reich. ¿O es que había escrito Jerussalinski con desconocimiento de tan importantes hechos históricos? Esta disculpa no puede servir, ya que cita en su texto a varios historiadores modernos y conoce el libro de Wilhelm Schüssler, que es una de las aportaciones más recientes a los trabajos de investigación de Bismarck. Los ensayos de Schüssler le podían haber librado de equivocaciones fundamentales, ya que por lo menos le habrían servido para enterarse de que las negociaciones de Bismarck con Londres en los años de 1879 y 1889 se realizaron en todo momento en función de las relaciones rusoalemanas. Jerussalinski no podía haber manejado mejores fuentes de conocimiento.

Pero aparte de esto, Jerussalinski cumplía un encargo oficial, y así no se puede deducir más que una cosa: en 1940 el mismo Gobierno soviético quería hablar de un Bismarck que tenía en el gran Imperio Oriental—cuyo poder respetaba como nadie—el apoyo más importante para su po-



Recepción parlamentaria en casa de Bismarck.

graría dejando caer a Austria y abandonando el Oriente a los rusos. Bismarck, que estaba dispuesto a sacrificar todo con tal de lograr una alianza con Rusia, y no ciertamente por amistad, sino por miedo, pues él no quería llegar a un acuerdo con Londres, pese a que—según una declaración del Ministerio de Estado—"el objeto total de la política alemana desde hacía diez años había consistido en lograr una triple alianza con Inglaterra". (Lucius von Ballhausen.)

Durante veinte años Bismarck ha impedido una alianza francorusa y no hay prueba alguna de que se hubiese quedado sin el apoyo de Inglaterra, ni hubiese tenido que renunciar a Viena, ya que pese a todos los esfuerzos se vió enredado en una guerra de dos frentes. Y mientras apañaba a Austria-Hungría no hacía más que fortalecer una posición avanzada de la idea del Reich. Efectivamente, quería verse libre de la suprema inspección de los Habsburgo. Pero fué igualmente consecuente

lítica. La buena voluntad de Rusia quedó patente entonces con la renuncia absoluta a toda clase de intereses sobre los Balcanes y sobre los Estrechos. Y si pese a todo amenazase estallar un conflicto, se encontraba dispuesta a arrojar lastre en pro del Estado que le apoyase en sus conflictos con el Sudeste europeo. ¿No pensaba Stalin precisamente en las semanas en que hizo su aparición esta interpretación de Bismarck exponer una larga lista de exigencias que había de ser presentada por Molotov en Berlín con motivo de su visita al Reich en el mes de noviembre? ¿No teníamos nosotros que estar de acuerdo con el avance de los Soviets hasta Bulgaria y los Estrechos hasta un terreno por el que Bismarck nunca quiso sacrificar un solo soldado?

Y ahora viene la cuestión más importante: ¿Hemos faltado nosotros el 22 de junio de 1941 a la sagrada tradición de Bismarck? La respuesta es un no categórico. Nosotros también hemos hablado des-

pués del 23 de agosto de 1939 de un paralelo con la política rusa de Bismarck, pero nosotros nos referíamos a los primeros esfuerzos del canciller por dominar junto con Rusia otras extorsiones de paz que se producían en Europa y, sobre todo, la necesidad de preservar el interior de ésta de la intranquilidad del Este. ¿Y cuánto más intranquilizador no se ha hecho ahora con el peligro de bolchevización! Además, se trataba de impedir la alianza de terceras potencias contra Alemania. En este sentido hemos realizado el pacto con los Soviets.

Una vez realizado empezaron a reforzarse militarmente las fronteras occidentales soviéticas, y naturalmente, el peligro de que se uniesen en la guerra con los anglosajones no podía ser eludido durante mucho tiempo por medios diplomáticos. En otoño de 1940 los Soviets creyeron poder obligar a aceptar una gran renuncia semejante a la limitación de una zona determinada de intereses, realizada en agosto de 1939, y que ya constituía una renuncia. Sin embargo, no se daban cuenta de que el Reich actual no tenía junto a sí un Habsburgo, sino que era responsable él sólo de toda Europa central y que por los acontecimientos de guerra también habían quedado bajo su dirección el Oeste y el Norte. Con la disolución de la doble monarquía se le presentaron al Reich alemán nuevos deberes en el Sureste, y la anexión realizada en 1938 le otorgaba todos los derechos jurídicos. Quédó reservado a los británicos, en un pacto celebrado el 26 de mayo de 1942 con Moscú, el prometer a los Soviets, ansiosos de poder, una parte de Europa cuya posesión por Rusia no podía ser indiferente a la totalidad del Continente. Stalin pretendió inútilmente que por analogía con Bismarck, la posición de Alemania frente a las exigencias de Molotov, presentada en Berlín, fuese de asentimiento. Acerca de esto la experiencia muestra que toda concesión que se haga a los ambiciosos hombres del Kremlin no disminuye esta ambición, sino que hace aumentar el peligro de revolución mundial procedente del Este. Si es que aún hace falta algún testimonio para probar el fin político de esta publicación moscovita basta con leer las críticas de ella aparecidas en los periódicos de Moscú. Con regularidad repetida se hacen las citas de Marx, Engels y Lenin, que ya vemos en Jerussalinski, que muestran cómo Bismarck sólo podía realizar la unidad alemana mediante una revolución desde arriba, dada su calidad de aristócrata y monárquico, y que en las cuestiones sociales nunca ha estado ni con mucho a la altura del realismo de su política exterior. Es sorprendente que ni un solo periódico se haya ocupado de la época de la fundación del Reich, ya que el ensayo de Jerussalinski es un "trabajo interesante y muy documentado, de gran importancia científica (*Komsomolskoje Prawda*). En ningún periódico se hace una interpretación propia del desarrollo de los veinte años que duró la Cancillería de Bismarck. El régimen oficial no ha permitido trabajos independientes. A la vista del texto de Bismarck esto habría podido conducir a interpretaciones muy diferentes de la dada por Jerussalinski. O también podría haber llevado a una amenazadora comparación entre el Bismarck soviético y el año 1940 en la que se discutiese ampliamente su valor específico como alusión dirigida a Alemania. A la opinión pública le fué reservado únicamente lo que entendían los Soviets en 1941 por política alemana de Bismarck.



Bismarck en el año 1870.

Humanización de la maternidad de la Virgen en la escultura gótica

Por JUAN CABANAS



«La Virgen de las Gracias», escultura moderna policromada que se conserva en el Museo de Orhuela.

Ahora que empieza a declinar el otoño y las mieses quedan sin fruto, semejando ejércitos de doradas lanzas en las mañanas de neblina, cuando el viento sur acerca las lejanías y por el espacio cruzan aves de paso; cuando se deja al descubierto la tierra para que sea madre y las aguas adquieran espesura y misterio; ahora que el paisaje comienza su vida solitaria y de ayuno, nos trae toda esta melancolía uno de los recuerdos más gozosos de la escultura religiosa del gótico. Nos recuerda, por circunstancias inexplicables, tres épocas, tres movimientos que culminan en un símbolo profundo y humano: la maternidad.

Las tres épocas, que a su vez son tres movimientos de amor, completamente perfectos, se iniciaron con un simple movimiento de cabeza de la Virgen, a la cual correspondió el Hijo con otra de ternura inigualable y en el mirar, encorvando la madre los brazos, atrajo a su seno a su amado hijo para que «... con la teta consolado, jugueteara con las manitas en los rizos de su Madre».

Antes de entrar en el estudio de cada uno de esos tres movimientos es necesario manifestar que el gótico, en su época inicial, conservaba una acentuada influencia románica, con sus características correspondientes. La «Virgen y el Niño», concretamente, eran tratados de una manera tosca y pesada. La Virgen, sentada, el torso estirado, mirando de frente, generalmente con el brazo izquierdo ligeramente extendido y con una manzana en la mano, la otra apenas apoyada en el cuerpo del Niño, sentado en la mitad de la pierna izquierda de la Virgen, y, como ella, mirando de frente, y con su manita levantada, bendiciendo al mundo; los pliegues de los paños, la composición en general, geométrica y fría, no inspiraba sentimiento alguno, o muy poco, de maternidad. Los primeros artistas góticos no se atrevieron a modificar el antiguo concepto, y de esta forma comenzaron a dar vida y movimiento a las ropas; ya este hecho por sí mismo significó mucho, y la composición adquirió gra-

cia y alegría, puesto que la inexpressión y el estaticismo eran características del románico.

Pero antes que se movieran las ropas de «La Virgen y el Niño», antes de que este conjunto escultórico adquiriese nuevas modalidades, fueron los del pórtico, las «estatuas columnas», esas figuras alargadas e inquietas, las que, con un afán de respirar profundo y expresar vida y espíritu, rompieron los cánones y conceptos anteriores.

Es en Saint Denis donde probablemente se inicia el nuevo estilo, y no tendría nada de particular que fueran toscos artesanos del país los que primeramente crearan las nuevas formas de la imaginaria gótica, aunque cabe también pensar en las tierras alemanas, según lo italianos del XVI; pero no cabe dudar que las primeras manifestaciones se dan en Amiens, Chartres, París, por una parte, y Reims, Colonia y Estrasburgo, por la otra.

Volviendo al tema que nos interesa, es, pues, en el pórtico donde se ejecutan, al parecer, los primeros ensayos. Y son los pórticos los que se orlan de ángeles y arcángeles, de santos y apóstoles

del pórtico. En España, el ángel de la catedral de León también sonríe, pero no tiene ese aspecto en cierto modo teatral del de Reims. El gran maestro Mateo, también en sus obras magníficas del pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, humaniza prodigiosamente la sonrisa; en cambio, en el pórtico de San Vicente de Avila, los personajes son más bien «estatuas columnas» que, aun perteneciendo, poco más o menos, a la misma época que las anteriores, están concebidos con menos gracia, con menos «humanidad» y sujetándose a un concepto más bien arquitectónico que escultórico. El ángel de la puerta «Preciosa» de la catedral de Pamplona, de singular gracia y esbelta, inicia una delicadísima sonrisa expresiva.

Una vez que el pórtico, el exterior, adquirió nuevo sentido y expresión es cuando el templo se ilumina por dentro con nueva luz. Las catedrales adquieren proporciones nuevas, verticales, en vez de horizontales, que hasta entonces eran las románicas, y del conjunto escultórico de la «Virgen y el Niño» sometido a las manos fervorosas de los artífices, rompiendo las tosquezades y rudézas anteriores, nace la primera sonrisa de la Virgen gótica. Hizo falta que transcurrieran algunos años más para que se diera la maravilla de las maravillas. La Madre, en un impulso humano e incontentible, deja de mirar de frente para admirar a su Divino Hijo. Yo creo que en aquel momento se llenaron las naves de las catedrales, en apretada algarabía, de ángeles, hombres y aves...; por las ojivas penetraban finos y prolongados rayos de luz; que las arpas y las trompetas entonaban músicas bellas como nunca; que las naves cruzaron los mares desconocidos y los astrónomos y matemáticos descubrieron, nuevas constelaciones, nuevas teorías; que el mundo y las cosas, en definitiva, cambiaron,



Escultura de la Virgen. (Museo Nacional de Nuremberg.)

tosos alargados, y en sus expresiones es donde se inicia la sonrisa. El arcángel Gabriel de la catedral de Reims, con su peinado delicioso de rizados bucles enmarcando el rostro de expresión sonriente y en cierto modo malicioso, con aire altanero, mirando por encima de los hombros a los demás compañeros

dando nuevo rumbo al tiempo y a la Historia. En aquel mismo momento la Virgen se hizo Madre, y aunque en otras épocas anteriores esto mismo se consiguiera, sin embargo no revistió la importancia y trascendencia de ésta.

Hasta entonces los afectos humanos en las representaciones divinas apenas tenían calor. Por ejemplo, en la Madre Dolorosa del románico existe una indudable y concreta ausencia del dolor humano. Esta ausencia, precisamente, queda en presencia, amorosa, humana, ante el simple movimiento de cabeza de la Virgen, llenando de alegría los corazones del mundo.

Hubo, pues, una evolución de fuera a dentro, y de dentro hacia lo alto, en ansia de luz, haciendo que las puertas se abrieran en anchura y altura y se orlaran los frisos con ángeles y flora.

Este es, pues, el primer movimiento, y el fundamental. En el transcurso del tiempo, pronto se dió el segundo. La mirada amorosa de la Madre hace que el Niño sea Hijo en su sentido y significación humanos. Ya apenas quedan restos ni valores escultóricos de la época románica; puede decirse que toda la composición se humaniza. Y en su tercer movimiento queda todo armónicamente conjugado cuando el Hijo, ya

de pie en las rodillas de su Madre y rodeado de sus torneados brazos, levanta con su manita el sutil velo que cubre su cabeza para admirarla mejor, y Ella, en su mirar, atrae hacia sí, hacia el interior sin fin de la Madre de Dios, al mismo tiempo que sus manos alargadas y finas buscan por entre los pliegues de la ropa el seno... La cristiandad toda se asoma a la Madre y al Hijo. ¡Qué nuevos jardines florecen en los hogares y por tierras lejanas! ¡Qué nuevas gentes acuden en tropel a nues-

tros templos! ¡Qué nuevas dimensiones se les da a las naves que cruzan nuevos mares! ¡Cuánto puede la fe católica, que mueve la piedra y la da vida y aliento!

Los artistas borgoñeses llegaron, en su afán de realismo, a plasmar cierto aspecto vulgar a «La Virgen y el Niño», buscando únicamente hacerle más atractivo por su expresión materna, y la Madre, llena de felicidad, levanta la cabeza ligeramente hacia atrás para mirar en el infinito, y en sus ojos pa-

rece apercibir cierta expresión de temor, de dolor...

Estas son las tres épocas, los tres movimientos. Por el mundo, ya perfectamente redondo, las palomas, las alondras y las aves marinas llevarán en el pico una cinta blanca, que decía:

¡Oh, qué extremos se juntan cuando tus ojos miraban los de Dios cómo lloraban! Y calló, con la teta consolado.

LA EXPRESION RELIGIOSA EN EL ARTE ESPAÑOL

Por ANDRES M. MATEO

«Disce bonas artes, moneo, romana juvenus.»

Ovidio.

AUN en el puro terreno de la fantasía y del sentimiento, la cordura es el verdadero clima del acierto. La historia de las artes lo evidencia. Suben y bajan las tendencias, nacen, crecen, se reproducen y mueren las escuelas; se hilan las exageraciones y las audacias en el huso del capricho, y sin querer, la misma evolución artística se encarga de restablecer el equilibrio. Todas las oscilaciones del péndulo, aun las más extremas, pasan por un punto matemáticamente central, por difícil de precisar que sea. Entre el naturalismo más esclavo y el simbolismo más logarítmico hay un punto medio de virtud que acaso los artistas no sepan precisar, pero el arte sí. El artista «clara deum soboles» no tiene por qué pensar en su propio freno, si en realidad aspira a conquistar alturas de Pegaso. «Pictoribus atque poetis quilibet audenti semper fuit aequa potestas.» Pero no debe perder de vista su camino; sin embargo, sólo el genio tiene siempre un hilo de oro para todos los laberintos.

El arte, sin artistas, si que tiene su estimativa para recobrase después de cada dislocación. El no se ha fijado la norma, porque lo es en sí. Los hombres pasarán, pero el arte no pasará. Es la misma razón ontológica que la verdad. No será, quizá, ni el idealismo puro de Winckelmann, ni el realismo exagerado de Flaubert, ni el naturalismo intransigente de Valdés Leal o de Zola, ni el expresivismo esencial de Cousin o de Crivelli. Pero entre todos ellos, aun ignorado o deiraudado por los hombres, mantiene el arte su prestancia metafísica.

Cuando el arte pasa por el tamiz de lo humano y se prende a una geografía, a una historia o a una cultura, adquiere un apellido étnico que casi siempre responde a características determinables y concretas. El arte español las tiene fácilmente observables y copiosamente estudiadas. No es la menor el sentido religioso que le orienta y que ha poblado nuestros museos y nuestros pinacotecas de manifestaciones palpantes del catolicismo y de la piedad popular española. Desde la cultura dolménica hasta nuestras catedrales churriguerescas, desde las pinturas rupestres de Altamira hasta Murillo y Goya, desde las «Cantigas» de Alfonso X hasta «Goicoechea y Verdaguier», hay una inquietud esencial religiosa en el arte español, no solamente en los asuntos, sino en la inspiración. ¿Se sabe acaso cuándo sueña y cuándo reza un caballero del Greco, dónde termina el desvarío de su pensamiento y dónde empieza la meditación?

No podemos construir la historia de nuestro arte sino sobre el cenamazo religioso. Recorremos nuestras ciudades no en turismo, sino en peregrinación, y Santiago, Toledo, Sevilla, Burgos, Astorga, Estella y Vich nos van dejando en el espíritu un vaho litúrgico, del cual surten la Basílica visigoda de San Juan del Baño, o Santa María del Naranco, o Nuestra Señora del Sar, o los crueros de cien catedrales, y en ellas las custodias de Arte y los óleos de Zurbarán y de Alonso Cano.

No gravita, sin embargo, como una pesadilla sobre el arte español la preocupación religiosa. La generosidad de nuestro temperamento artístico pudo producir lo mismo la severidad románica de los «Loores», de Gonzalo de Berceo, que el donaire renacentista de nuestra picaresca y de nuestra sátira. No conocemos el gris de mastaba y de panteón de aquel otro gran pueblo creyente que se llamó Egipto. En nosotros el sentido religioso es como el aire: no se ve, y, sin embargo, se pinta en los cuadros de Velázquez; es impalpable, y, sin embargo, es el medio en que vivimos.

De la misma manera que el estilo es el hombre, el arte de un pueblo es el mismo pueblo y va en él toda su psicología y todo su valor ético. A la larga, con todos sus prejuicios y variantes técnicas, con todas sus normas y cortapisas, con la volubilidad de sus modas o con sus furiosos iconoclastas, el arte de un pueblo da, en la progresión de los siglos, un signo de la más transparente sinceridad. Máxima en el arte religioso. En él la expresión adquiere una prima importancia de sinceridad, porque detrás hay siempre un pueblo entero de rodillas. Tal ocurre en el arte español.

Desde las miniaturas de nuestros códices y desde el Pantocrátor de Santa María de Talmel, en Lérida, en el que la influencia bizantina hermetiza los rostros y angustiosa las figuras, va abriéndose paso la expresión religiosa de nuestro arte. No son sólo los rostros, es la figura entera vibrando de pujanza y de ambición expresiva, aun en épocas de técnica rudimentaria, como en las figuras que toman parte en la es-

cena de la «Duda de Santa Tomás», o del «Descendimiento», del Claustro de Silos, o en la más fina de la «Anunciación» y «Coronación de María», en el mismo Monasterio. El Pórtico de la Gloria, de Santiago, nos suministra altos ejemplos de expresión; en la Catedral de Burgos puede verse a un David, en la Puerta de las Platerías, manejando, en el éxtasis de la contemplación y de la armonía, un instrumento de arco. ¿Y en pintura nuestros cuatrocentistas? ¿Cederá acaso en expresión un Dalmau, o un Jacomart, o un Bermejo, o un Huguet, a los gigantes de nuestra pintura religiosa en el Siglo de Oro? Hay tal luz interior y tal unión en el semblante de encantador arroyo de «La Virgen de Tortosa», de Pere Serra, y tal patetismo doloroso en el «Calvario», de Luis Borrás, que no necesitamos acudir a las «Inmaculadas» de Murillo y de Carreño; ni a la «Adoración de los Pastores», de Ribera; ni a los «Tráiles», de Zurbarán; ni al «Expolio», del Greco, para encontrar la rica vena expresiva en el arte religioso español.

Nuestra imaginaria policromada es única en el mundo en punto a expresión religiosa. Visite el lector el Museo Nacional de Escultura, de Valladolid. Deténgase un momento ante el «Cristo de la Luz», de Gregorio Fernández; ante sus «Dolorosas», que lloran con la boca y con las cejas y con la crispación de sus dedos de lirio, ante aquellos labios que se entrecierran de descaecimiento. El «Retablo», de Berruguete, con aquellos barbudos y escalonados profetas de mirada anclada en un punto del infinito, puede indicar hasta qué extremo de «patos» es capaz de llegar la expresión religiosa de nuestro arte, acariciador y morbido en el cuerpo de San Sebastián, dinámico y energético en el Apostolado, y en todos los detalles crepitante de fibra emocional.

Más popular es aún la producción de Juan de Juni, admirada desde siglos en las procesiones populares de Semana Santa y custodiada también en dicho Museo Nacional de Escultura. El sentido realista y concreto de la religiosidad española tiene en Juni un exponente de acendrada expresión, proclive ya a lo barroco. Sin embargo, sus Cristos nervudos no tienen la crispación inhumana y casi desesperada de los del Sur de Francia, por ejemplo, ni el desgarrar trulento de aquel Crucificado de Grunewald, que con un escalofrío en la pluma describía Huysmans.

Nuestra tendencia constitucional hacia lo concreto ha dejado una huella perenne de realismo sedante en nuestras artes plásticas y en nuestra literatura. Todo el pensamiento español, elaborado en el devenir de los siglos, va empapado de una esencia que lo mismo produce una «Celestina», que una pléyade de escolásticos, juriscónsultos y humanistas, como Melchor Cano, Vitoria, Arias Montano, o un Balmes, paladín del sentido común. Las abstracciones no encuentran tierra muy propicia en nuestro intelecto ni en nuestra fantasía: mejor Benavente que Esquilo, y Suárez que Fichte o Nietzsche. Es la cordura del realismo.

Esta «cordura artística» afluye copiosamente a la expresión religiosa de nuestro arte. Su contemplación serena y equilibrada, más que perturba y exaspera. Hay una profunda lumbrosada afectiva que se regala en el seno inmutable y sólido de nuestra fe. En general, no conocemos lo monstruoso, ni lo trulento. No necesitamos aterrar para rezar. Sabe nuestro arte, como nuestra fe, más del amor que del terror. No entenderíamos jamás, como no fuese en el misterio de los «Caprichos» de un Goya, cómo Buzle encuentra sublimes y agradables la expresión y los temas de lo horrible. Necesitamos reposar en el arte y que nos miren las Inmaculadas, de Murillo, desde sus lienzos; y los Apóstoles, de Fernández, desde sus retablos. No importa que, abundando en la dirección del realismo piadoso, nos acerquemos al efectismo aterrador en el «Martirio de San Medin», del maestro Alfonso, o en el retablo de San Abdón y San Senén, de Huguet. Aun allí salva el esparso trulento la apacible y devota expresión de las figuras.

Por lo demás, esa unión equilibrada, que no huye de lo pintoresco y de lo colorista y que alcanza alturas insuperadas en la dirección de lo satírico (recuérdense los brazos labrados de las sillos del coro de la Catedral de Artorgal), se conjuga y se centra en una cifra, lugar geométrico de toda la gama expresiva religiosa de nuestro Arte: «devoción popular».

Francisco de Zurbarán: «San Hugo con varios monjes cartujos en el refectorio, o el milagro del Santo Voto». Museo Provincial, Sevilla.



«Virgen dando el pecho a Jesús». Mármol de Mateo Ciniotti, expuesto en la iglesia de la Trinidad, de Lucca.

EL AUTO DE LA PASION

del maestro Lucas Fernández (1514), una de nuestras joyas clásicas literarias, ha sido publicado por las

EDICIONES DE LA VICESECRETARIA DE EDUCACION POPULAR



El mundo es así



EL TEATRO ALEMAN EN LA ACTUALIDAD

Lo humano, lo nacional, lo político y la historia

GEORGE, GRÜNDGENS, WERNER KRAUS, PAULA WESSEL
FORGEN FEHLING, ERICH ENGEL, HEINZ HILPERT

Entrevista con el Profesor Fechter, ahora en Madrid

La primera cuestión que nos planteamos y planteamos frente a quien acabamos de conocer, es la de su tierra. Hay una relación esencial entre cada hombre y su paisaje. ¿Dónde ha nacido, dónde ha vivido, dónde se ha criado? Muchas veces, muchísimas veces es el la clave de toda una psicología.

El profesor Fechter es del Sur de Alemania. Su señora, del Rin. Ello quiere decir que en uno y otro se da esa amable jovialidad, esa "Gemütlichkeit" que parece patrimonio de Baviera, de Turingia, de Württemberg.

Lleva el matrimonio—joven matrimonio—bastante tiempo viviendo en España; la conocen en extensión y profundidad. Y su casa, como su corazón, está siempre abierta a lo español.

Al profesor Fechter nos lo trae a un primer plano de actualidad, la conferencia que ha dado en estos días sobre Hauptmann.

—¿Qué influencia—le hemos preguntado—ejerce Hauptmann en la Alemania nacional-socialista? ¿Se representan mucho sus obras?

—Se representan, sí, pero no las de la primera época, las que pudieran llamar naturalistas, sino las posteriores, más románticas o idealistas: "Ifigenia en Delfos", "Florian Geyer", etc... A Ifigenia la ve el autor ligada a un destino de sacrificio: sacrificio en ella misma y en los demás. (Interpretación de la Antigüedad en la línea Hölderlin-Nietzsche). Florian Geyer, usted sabe que es una figura histórica alemana, de la época de la Guerra de los Campesinos. Los campesinos, sublevados, fracasan, y este fracaso se debe muy principalmente, a la actitud del mismo Geyer, quien, creyendo en la virtud omnipotente de la masa, no quiere ser jefe, "caudillo". De modo que la obra, que ciertos demócratas ingenuos reivindicaban como de significación decididamente favorable a su doctrina, es, en el fondo, un tremendo alegato contra la democracia.

Algo por el estilo ocurre con "Los tejedores", que también pasó un tiempo por obra socialista, de izquierda. En el último acto, sobre todo, hay un tipo, Hille, cuya actitud, auténticamente prusiana, viene a representar el escepticismo frente a la revolución que los demás propugnan.

—¿Dramaturgos surgidos ya en el Tercer Reich, y corrientes espirituales que representan?

—Los nombres más importantes son los de Hans Rehbeg, autor de obras basadas en la historia de Prusia—sobre Federico el Grande, por ejemplo—, pero no en estilo de mito, sino de tono muy moderno; Max Mell, quien ha creado principalmente obras de fondo religioso, en verso: "El juego de los Apóstoles", "El ángel de la guarda"; su raíz está en lo medieval, y responden a un sentimiento también, por decirlo así, medieval, de mística popular (Mell tiene, al lado de éstas, obras de tipo clásico: "Los siete contra Tebas", "Los antepasados", etc.). Billinger, en cuya "Raubnacht" hay brujerías y supersticiones; en "El Gigante", aborda el tema de la emigración del campesinado a la urbe, la "Landflucht", combatida por el nacional-socialismo (una joven campesina se va de su pueblo a la gran ciudad, el "gigante", y se pierde); también en este tipo de obras sobre problemas muy concretos de actualidad política y social. "La marcha de los combatientes", de Bethge, y "La carrera sin fin", de Graf, que escenifica la suerte de una compañía durante la guerra mundial; Han Johst, autor de un drama nacional sobre Schlageter, una figura del nacionalsocialismo, que luchó tenazmente contra los franceses en los tiempos en que éstos ocupaban el Ruhr, terminando por sucumbir en esa lucha; Kolbenheyer, con su "Gregorio y Enrique", histórica, sobre la pugna entre el Papado y el Imperio...

—Por las indicaciones que usted me da sobre autores y producciones, ya veo algo de ello, pero quisiera precisar un poco más. ¿Qué tipos de obras son las que privan: obras, por decirlo así, de tesis, de problemas relacionados en algún modo con lo político, o bien temas humanos de un valor menos temporal, más universal?

—En líneas generales, pueden distinguirse las dos tendencias: una, la representada por el mismo Hauptmann, por Mell, por Billinger, que defiende y propugna lo ampliamente humano; otra, de un sentido más nacional y más político, basada a veces en motivos de nuestra historia. Ambas tendencias han luchado, se han combatido, y también se han penetrado e influido mutuamente, a la larga.



Profesor Fechter.

tra época deberá, tomando por modelo a los griegos, crear tipos de mito; que no basta ni siquiera lo nacional, como en las "Historias" de Shakespeare (Shakespeare, dicho sea de paso, se representa largamente en Alemania hoy); los adversarios de Langenbeck le objetan que los griegos tenían una mitología, mientras que hoy no se puede hablar de un mito común...

—¿Actores y realizadores? —Sí, muchos y muy interesantes. Entre los primeros, tenemos, entre otros, a George, a Gründgens, a Werner Kraus, a la famosa Paula Wessely... Kraus de estas, co-

mo usted sabe, hacen también cine. Y en cuanto a realizadores, el genial Jürgen Febling, con mucha fantasía y una concepción un tanto expresionista de la escena; Erich Engel, que viene a ser como la antítesis del anterior, pues para él lo interesante es la arquitectura, el conjunto. A veces, se da el caso del actor-realizador, como el citado Heinrich George. Otros nombres muy interesantes son los de Heinz Hilpert, director del Deutsche Theater, muy sencillo, casi seco; su lema es: "la obra total, y el actor nada"; Gustav Gründgens, que ha llevado a la escena el "Segundo Fausto"...

Y, ahora, cuando la guerra y la subiguiente creación y restauración de valores,—de valores económicos y espirituales—reclaman de modo primordial la atención de los dirigentes, ¿ cree usted que no puede haber ocio y vagar para la serena elaboración y gustación de la obra de arte, o, por el contrario, lo uno y lo otro—armas y letras—pueden ir de la mano?

—Le responderé a usted con palabras de Goebbels. Antes se decía: *Inter Arma silent Musicae*. Pues bien, Goebbels ha dicho en un discurso, y después de él el jefe de las Juventudes Alemanas, Baldur von Schirach, lo ha repetido: *Musae inter Arma*. En medio del fragor de los tanques y de los aviones, la delicadeza y encanto de la eterna emoción estética, que es emoción humana.

Pasando a una cuestión diferente, quisiera decirle algo sobre el teatro español, algo que no suene a censura, sino a amable invitación y requerimiento: ¿Cómo, con un tesoro tal como es nuestro teatro del "Siglo de



Escena de teatro español en Riga.

Estampa española en Riga

Por JOSE MARIA DE VEGA

Cuando se tienen veinticuatro años, se ha nacido en España y se posee el convencimiento de que alguien nos ama, se puede pasar por el mundo con la tranquilidad orgullosa del que nada teme; pisando fuerte, adormándose mentalmente con el chambergue empujado de los soldados del Duque de Alba. Lo mismo da entonces que el suelo que se pisa se llame Letonia o Rusia, Francia o Polonia. Lo importante es que alguien, con el que tropiecemos casualmente en la calle, se disculpe en un cortés castellano.

—¿Usted perdone! —Y eso es bastante fácil, por ejemplo, en Riga, donde heridos y convalecientes, soldados con permiso o en trance de volver a la línea de fuego, llevan frecuentemente señalado en guald y rojo el brazo derecho de su capote de uniforme.

Hay un estudio fotográfico que abre su escaparate—panteón de vivos inmóviles—al tráfico bullanguero de la "Brivianis iela". Así se llama, en letón, la arteria principal de la ciudad, rebautizada hoy por las tropas alemanas con el nombre de "Adolf Hitler strasse". Acude una clientela casi exclusivamente militar a la fotografía, que provee de sentimentales recuerdos a las mozas rubias de Turingia y Baviera, lo mismo que a las madrilenas desgarradas o a las sevillanas de clavel y pabelo negro que tienen un novio en la *Amal División*. De cuando en cuando, el fotógrafo—sudoroso y próximo a aprehender el castellano—forma unos grupos plásticos, deliciosos de mal gusto, que recuerdan irremediablemente los dominos del Retiro, en alegre camaradería de quintos y fragatricos.

En obligada romería la española tropa se traslada del salón del fotógrafo a los

palcos granates de la Opera, rincones confidenciales que oyeron los brillantes valeses de Strauss, de rápidos giros. La Opera de Riga recuerda, arquitectónicamente, los palacios reales de esas monarquías de minorías, donde una brillante guardia de granaderos cuida sus inútiles armas de guardadropía. Y aquí viene la sorpresa de una compañía letona de ópera y "ballet", con delicadas y bien tramadas voces femeninas y unos conjuntos realmente interesantes.

También aquí, la anécdota española. Uno de los "ballets" se titula "Don Quijote". Ciertamente es imposible encontrar la figura flaca y espiada del hidalgo manchego en todo el transcurso de la pantomima. Es la española: la s bailarinas disfrazadas de mozas y los "toradores" caídos de la fantasía lírica de De Bizet. La sorpresa aumenta al escuchar canciones modernas de nuestro "folklore": zambras gitanas que llenaron nuestros oídos en el último invierno madrileño y pasadobles castizos, ejecutados muy seriamente por vicatibles de bien dibujados contornos. Pero esto no llega a indignarnos, porque Riga está tan lejos de España, que la deformación, la caricatura de nuestras costumbres se olvida ante el sentimiento inefable del recuerdo.

La salida de la Opera, en la oscuridad total de la noche, rota solamente por el



Reflejo obsesionante de la nieve y el relampagueo de las rojas linternas, invita a un paseo en trineo, único vehículo de alquiler que las necesidades de la guerra imponen a Riga. Desde él se puede echar una ojeada al panorama del Devina cuyas aguas espejueantes y claras en la primavera

EL CALDO DE LOS DESCUBRIMIENTOS

Por SAMUEL MAIA

La depresión que la guerra produce en el cuerpo y en el alma de cualquiera de los habitantes del Globo trae a nuestra memoria temas olvidados, ya completamente en desuso o sin que se hayan examinado a fondo.

Entre los asuntos más serios que estos momentos ponen ante los ojos ávidos del europeo, sobresale en primer lugar el de la alimentación. Tener o no tener el sustento de hoy, de mañana, está en el fondo del pensamiento amargo del labrador, del necio, del doctor o del labrador; presos de la incertidumbre angustiada de la lucha por el pan cotidiano.

Hambre verdadera, ausencia total de sustancias nutritivas, causante de muertes por inanición, se padece ya en algunas regiones de esta parte del mundo. En Portugal, no. Este remanso, al margen de todos los caminos batidos por los guerreros, ofreció refugio a la paz desamparada, aun así pródiga en delicias. Ella basta para alejar el estruendo ofensivo, la demolición, la muerte, el terror permanente y la amenaza constante del hambre. La pobreza del lugar, solamente provisto de secos arenales y rocas desnudas, es la causa por que se ha librado del ansia de intrusión de los asaltantes de bienes legendarios.

La mayor ventaja de la playa occidental castigada por el viento atlántico, proviene de no tener minas de carbón, ni acero, ni petróleo, ni prados capaces de criar ganado; ninguna de esas riquezas incitan al robo a la gente desahogada. ¡Ay del portugués si no fuese tan pobre como es! Le vale tener para sí por entero al mar, que a veces le da sardinas, y la huerta, que le proporciona la berza, aprovechable para caldo verde, tan mezuquina de pulpa que ningún otro pueblo la quiere. A nadie le tienta la conquista de semejante valor. Para los fuertes y henchidos, este pedazo de tierra no merece el título de espacio vital.

Más vale así, porque los que son débiles para la vida ruda lo quieren como a la niña de sus ojos; por eso, con poca cosa viven contentos. Y a pesar de todo, si nos arriesgamos a reflexionar y calcular épocas preferidas, en tiempos de mayor penuria, pronto llegamos a la siguiente conclusión: por la pobreza se logró la grandeza; ella dió lugar a la obra prodigiosa, de trabajo y esfuerzo, como el de pescador de sardinas, cultivador de la berza gallega, no conocida en el resto del mundo.

Si sondeamos el misterioso destino que lanzó al portugués del 400 hacia el mar terrible y desconocido, encontramos como único estímulo la aspereza y penuria de la tierra, estrecha y miserable, sin sustancia suficiente para nutrir al habitante, tan solícito en multiplicarse. Miraba alrededor y sólo veía colinas abruptas, valles estrechos, percibiendo en seguida la falta de alimento con que criar a los hijos que tuviese. Así lo comprendió el labrador; así el rey que el mismo tiempo era el mejor médico. El tierra adentro robando lo ajeno, les pareció pecado, ya que sus únicos vecinos eran gente cristiana. Esto les decidió por el ancho mar, partiendo en busca del sustento para el cuerpo, hecho a crecer sin mejor alimento que la

«fresca» sardina de la costa y el «caldo verde» de berzas más o menos migadas con pan de centeno, de maíz menudo o de maíz negro, como entonces le llamaban.

Para valuar bien las condiciones alimenticias del portugués de los descubrimientos, recordemos los medios de que disponía, distintos por completo de los actuales.

La producción de trigo en las provincias del Norte apenas llegaba para la mesa del hidalgo, y, sin embargo, era capaz de producir sangre de navegantes. No existía aún el maíz, porque éste fué descubierto en la India y Brasil, ni arroz ni patatas. No se conocía el bacalao, porque los bancos de él, en Terranova, aguardaban aún la visita hecha por Gaspar Corte Real, primer navegante de ese desconocido mar.

¿Qué alimentaba entonces al descubridor que dió nuevos mundos al Universo? Si prescindimos del haba, que después de seca es inaprovechable, y

fértiles, civilizar salvajes, crear culturas, transportar y vender pimienta, perlas, bisutería, café, cacao, diamantes, etc., nunca en cantidad suficiente para satisfacer las necesidades de los nobles y que impedían al rey cubrir los presupuestos del Estado.

Ese pobre, el trabajador, fué entonces, y lo es hoy todavía, el héroe oscuro de los trabajos, resistente a la fatiga; de sobriedad inverosímil, llevada a tal extremo, que el sabio investigador, después de sumar y repartir calorías, prótidos y ácidos aminados, queda pasmado al no encontrar entre los resultados obtenidos por los laboratorios de investigación uno que se aproxime al número de calorías necesarias para el portugués.

¿Quién se atreverá, aun chito de la ciencia del metabolismo, hoy muy adelantada, sobre todo en América, a juzgar el alimento del campesino de la Beira y del Miño, dedicado a los oficios de cavar, picar piedra yerrar maderal, sin caer en la grave duda de pensar en



del garbanzo, no tan extendido en Portugal como en España, no nos queda más base nutritiva que el caldo verde, migado con pan de centeno; la sardina, la castaña, la manzana y el vino.

La historia escrita nada dice respecto a esto. Los cronistas se olvidaron de narrarlo fase a fase, indicándonos el panorama de la mesa del pobre, del soldado, limitándose solamente a describirnos los hechos heroicos de nuestros antepasados, por los que corría sangre aventurera capaz de cultivar tierras es-

lo erróneo de las cantidades dadas como indispensables para alimentarse? Al menos sospechará que las verdades imperativas son muy diferentes de unos pueblos a otros, a no ser que el recuento de los valores nutritivos en productos usuales esté aún sin concluir y lejos de la verdad.

Con un pedazo de borona y dos manzanas, el obrero de trabajo rudo, que lo realiza cantando durante medio día, tiene bastante. Sólo con un caldo de coles y habichuelas, borona y un trago de vino, aguanta el otro medio, siempre alegre, aparentando buen humor.

Lo mismo ocurre en las provincias noroesteñas, variando únicamente el régimen alimenticio, mudándolo en pan con queso y vino, más comprensible por estar provistos de aminoácidos, grasas y glucosa.

La gente del Norte es digna de tener en cuenta. De ella salió el navegante y el colonizador que civilizó y supo guerrear con indígenas cuando se vio obligado a ello. Es digno de estudio y de apreciación para el sabio que se dedica a explicar las causas y efectos de esta obra sorprendente, de grandeza maravillosa, originada por la más extrema pobreza que el mundo occidental europeo experimentó.

Ningún otro pueblo produjo tanto alimento con tan poco y tan insustancial. La pimienta estimulante fué a buscarla para venderla a los ricos del mundo, acostumbrado a comer las viandas sin condimentar.

Guardó siempre para sí el caldo verde, con el que se formó de fuerte ánimo, capaz de acometer empresas que él mismo no se atrevía a imaginar y que juzgaba irreales antes de aventurarse a realizarlas.

Una realidad como ésta, la importancia que alimento tan modesto toma en la vida de este pueblo, sufrido y obstinado para el esfuerzo, merecería un elogio, apoteosis de este prodigio revelado.

Un monumento grandioso a la col gallega en la cumbre del monte Alivio sobre el mar en Asia, África o América, puede parecer ridículo a los espíritus superficiales.

No lo verán los pensadores profundos, que por ser pocos no pesan.

En vez de una berza de granito, grabémosla aquí, en el papel y tinta, como recuerdo único del caldo saludable, y convertámosla en caldo heroico o caldo de los descubrimientos, el noble y soberano caldo verde, amado y preferido por el portugués castizo, con sangre caldeada en las sierras y playas de Portugal.

HISTORIA GRANDE Y MENUDA DE LA DEUDA EXTERIOR MEJICANA

DEL EMPERADOR AGUSTIN DE ITURBIDE A LAS ULTIMAS NEGOCIACIONES DE WASHINGTON

De 30 millones de pesos a 2.000 millones

La coincidencia de las recientes negociaciones en Washington de un crédito de 30 millones de dólares por el Gobierno mejicano y el que se cumplan en este año de 1942 ciento veinte años de la iniciación de la Deuda pública mejicana es coyuntura que quizá sea suficiente para hablar de la historia de la Deuda pública en Méjico, tema interesante, en bastantes casos pintoresco, y en otros, determinante nada menos que de intervenciones extranjeras armadas o enormes presiones diplomáticas y laboriosas negociaciones. Además, los diversos empréstitos y créditos concedidos por determinados intereses extranjeros a Méjico son un índice y hasta podría decirse un hilo conductor de la política extranjera en relación con esta gran República hispanoamericana, que nació a la vida con cuatro millones de kilómetros cuadrados y con sus fronteras casi en el Canadá, y ahora tiene menos de la mitad de extensión territorial que cuando se llamaba Nueva España.

Hace, pues, en este año de 1942 ciento veinte años que existe la Deuda pública mejicana, que asciende en la actualidad a 2.000 millones de pesos, según recientes evaluaciones. El primer documento legal que señala su nacimiento es un Decreto del gallardo emperador Agustín de Iturbide, dado en 25 de junio de 1822, que le autorizaba a obtener un préstamo de 25 a 30 millones de pesos.

Hacia poco que la ciudad de Méjico había acogido, engalanada, al ejército Trigarante, con Iturbide al frente, plena de galardetes y de arcos triunfales, en los que se combinaban los tres colores de la bandera, "las tres garantías", con su significado de Religión, Unión e Independencia.

Un elegante agente inglés: Hipoteca general sobre las rentas de la Nación.—Un simpático agente inglés: Méjico sólo recibe la mitad.—Dos enviados de la City.—"Crac" en Londres.—Una emisión clandestina.—"Se creyó que la conversión era ventajosa".—Reclamación diplomática del ministro británico.—Méjico paga a los súbditos ingleses.—La guerra de los Pasteles.—Una escuadra francesa bombardea Veracruz.—Intervención armada.—Napoleón III apoya con las armas al Archiduque en el trono de Méjico.—Los ejércitos franceses, derrotados.—Wall Street en juego y suministros norteamericanos.—Morgan.—Don Porfirio Díaz. Obras Públicas y ferrocarriles.—Agitaciones políticas.—1.000 millones de deuda.—Un Comité Internacional de Banqueros con sede en Nueva York.—Reclamación de 1.500 millones.—Año de 1942 y 2.000 millones de deuda.

de la casa Barclay: los ingleses Robert Manning y William Marshall.

Este segundo empréstito también fue de 16 teóricos millones. Se fijó un interés del 6 por 100; se emitieron, como la primera vez, 24,000 bonos y se vendieron al 86,75 por 100, perdiéndose, por lo mismo, pesos 2,120,000. Como condiciones, la de destinar cinco millones a amortizar el préstamo de Goldschmidt, y lo que quedara, para obras de defensa, vestuario, armamento...

En resumen, estos dos primeros empréstitos dieron al Gobierno mejicano, en efec-



Agustín de Iturbide

tivo, 6,074,560 pesos el primero y 11,800,000 pesos el segundo; a cambio de ello, Méjico había reconocido deudas por 32 millones.

Un golpe debería reducir a polvo el dinero conseguido de Inglaterra. Uno de los cracs financieros más espectaculares sucedió el mercado londinense, y Goldschmidt y Barclay quebraron, como muchos otros banqueros de la capital británica. En esta última quiebra le tocó a Méjico perder 2,444,542 pesos. El ministro de Méjico en Londres, A. Sebastián Camacho, luchó todo lo que pudo y logró reducir la cifra a 1,519,644 pesos, pero Méjico, a la postre, no pudo recuperar ni un centavo. Mientras tanto, el país se debatía en una enorme crisis política y económica; los disturbios eran frecuentes, padecían la industria y comercio, el paro de la mano de obra era numeroso y la recaudación, difícil e incompleta. Méjico prometió pagar y reconoció la acumulación de intereses.

En este trance, los asuntos financieros del país fueron puestos en manos de la casa Baring, de Londres, que se hizo cargo de ellos hasta 1836, y más tarde, el encargado de Negocios de Méjico en la capital inglesa confió la búsqueda de dinero a la casa Lizardi. El Gobierno—1837—dio su autorización, y el primer paso fue realizar una conversión. Para ello, se emitieron dos clases de bonos, los activos, que deberían de vencer desde el primer momento el 5 por 100, y los diferidos, que no tendrían interés hasta pasados dos años.



Plaza Mayor de Guanajuato, capital de la zona más importante productora de plata, a mediados del siglo XIX.

por el representante británico, logró cobrar 1.148,630 pesos.

Por otra parte, y de acuerdo con los Tratados de Madrid, reunidas en 1836 las relaciones entre Méjico y España, el Gobierno mejicano debía considerar como Deuda nacional las herencias del Virreinato y, por lo tanto, cualquier relación que tuviera aquel origen. Méjico pagó a súbditos españoles 2,427,941.44 pesos.

La siguiente operación financiera con el extranjero motiva una intervención armada.

INTERVENCIÓN ARMADA

Y ahora toman los franceses la parte de los ingleses en los negocios financieros de Méjico, aunque también hay que recordar que la "guerra de los pasteles", llamada así por el pueblo mejicano debido a que entre las reclamaciones de dinero figuraba la de un conífero francés. En noviembre de 1839 se presentó frente a Veracruz una escuadra constituida por 26 buques y 4,000 hombres, al mando del almirante Bandin, para exigir el pago de 600,000 pesos. El principal hecho militar de la "guerra de los pasteles" fue el bombardeo del fuerte de San Juan de Ulúa.

De mucha mayor envergadura había de ser la siguiente aventura francesa.

En 1858 el francés Jecker ofreció a través del general Miramón 15 millones de pesos. Se aceptó, y de aquella suma a que ya estaba obligado Méjico, sólo recibió pesos 13,750,000, cantidad que se destinó a gastos militares. Jecker se quedó con la diferencia.

Se iba a realizar un intenso capítulo de la Historia de Méjico: una nueva guerra con el extranjero.

En 1858 el Gobierno mejicano declaró que no podía pagar los intereses de la Deuda. Inglaterra, España y Francia entraron en negociaciones para constituir una expedición armada que fuera a Méjico a hacer efectivos los adeudos. Napoleón III tenía proyectos definidos y personales sobre Méjico y alentó el viaje de Maximiliano de Austria. España e Inglaterra consideraron oportuno no intervenir; el general Prim, jefe de la expedición, se retiró, y el 19 de febrero de 1862 desembarcó el archiduque. Se fijó el monto de la Deuda en 69,310,657.81 pesos para los ingleses; 9,460,017 de los españoles y 2,859,917 para los franceses.

Reconoció esta cantidad, Maximiliano de Habsburgo, ya titulado Emperador de Méjico, se dispuso a contratar nuevos empréstitos. Antes instaló en París una Comisión de Hacienda de Méjico, la que reconoció, en 11 de abril de 1864, una Deuda de 10,241,050 libras esterlinas, y al día siguiente obtuvo un empréstito de 200 millones de francos.

La Deuda aumentó a 121,238,592 pesos. Los réditos primitivos eran de cerca de tres millones de pesos anuales y con este nuevo préstamo aumentaron a cerca de cinco y medio.

Maximiliano no obtenía suficientes ingresos para la conducción de la guerra, y el 14 de abril de 1865 solicitó otro préstamo de 250 millones de francos, que se emitió al 6,8 por 100.

Los republicanos también idearon obtener dinero mediante la emisión de bonos. Re-currieron a los Estados Unidos, y el general Carbajal fue autorizado para obtener 30 millones de pesos, cantidad que quedaría a disposición del representante republicano en Washington. Actuó como comisionista la casa John W. Carles y C.ª, que estipuló que cobraría un millón de pesos por su trabajo, cualquiera que fuese la cantidad de bonos que lograra vender. Vendió 2,925,450, tomó un millón y el resto fue invertido en vestuario, armamento y municiones, todo ello comprado en los Estados Unidos, conforme aconsejó el mismo John W. Carles.

Thomas Murphy, condecorador de los asuntos de Méjico y defensor de ellos ahora, negoció con el ministro inglés Peter Campbell Scarlett—26 de julio de 1866—y se firmó un convenio, que fue ratificado el 9 de noviembre por Maximiliano, y en el cual se reconocía que la Deuda del Imperio se cifraba en 307,808,833 pesos y la de los republicanos en 63,032,518. Unos y otros habían girado sobre el porvenir de Méjico. Poco después eran derrotados definitivamente los ejércitos que sostenían al archiduque Maximiliano. Este cayó prisionero y fue fusilado, junto a sus generales Miramón y Mejía, en el cerro de las Campanas, a la vista de las relucientes cúpulas de las cien iglesias de la ciudad de Querétaro, doradas por el sol de la temprana mañana.

El Presidente Juárez se desentendió de la Deuda exterior. En 1870, al comenzar a hablar de que una compañía norteamericana se proponía abrir un canal en el istmo de Tehuantepec, los ingleses renunciaron sus deseos de cobrar. Juárez se

WALL STREET

Pero no sólo por causa de los empréstitos aumentaba la Deuda; los extrajeros residentes en Méjico ponían en manos de sus representantes diplomáticos reclamaciones por los daños causados durante las revoluciones. La primera reclamación de esta clase la formuló Inglaterra, por boca de su ministro plenipotenciario, Robert Parkman. Se reunieron las comisiones en octubre de 1842 y Méjico pagó a los súbditos ingleses 316,931 pesos.

Otra reclamación la formularon los banqueros ingleses Montgomery, Nicod y C.ª, de Méjico, casa asociada a la entidad española Martínez del Río y Hermanos. El origen de ella fue el préstamo de dos millones que le urgían al Gobierno mejicano para emprender una expedición más sobre Tejas.

El ministro del Ejército estimó que dos millones de pesos bastaban para resolver el conflicto tejano y Montgomery entregó esos dos millones en forma muy curiosa: 900,000 pesos en efectivo y 1,100,000 en recibos de los empleados públicos, que había adquirido el prestamista en una decima parte de su valor de los pobres funcionarios que no habían podido cobrar sus sueldos del Estado.

Montgomery fijó un interés del 6 por 100 y se echó sobre el 17 por 100 de los ingresos de las aduanas marítimas para amortizar el préstamo.

El presidente Santa-Anna no reconoció los acuerdos, pero el ministro de Hacienda hubo de hacerlo—enero de 1843—, y como no se cumplían, Montgomery, auxiliado



La huella de España en Méjico, contraste con la de potencias extranjeras sin rastro de espiritualidad: el Sagrario de la Catedral

hizo el sordo y los intereses se acumularon.

Don Porfirio Díaz pidió al Congreso, en 1877, que se ocupase de esta cuestión. Tres años después se dieron facultades al Ejecutivo para resolver el problema de la Deuda pública, a la vez que abría en Londres una Agencia, a cuyo frente estuvo el ex ministro de Méjico en Berlín y ex ministro de Comunicaciones general Francisco Z. Mena.

Comerciante en su juventud, y siempre con una vocación financiera, aun como militar, en Londres especuló con los valores mejicanos, revalorizó el crédito de Méjico y, en alternativas en algunas compras y ventas, redujo la Deuda a 74,111,500 pesos.

El 7 de noviembre de 1884, el Gobierno del general González intentó que la Cámara aprobara sobre la marcha unos acuerdos preparados por D. Eduardo Noetling, representante de Méjico en Londres, sobre la "deuda inglesa"; pero la intervención de algunos diputados—entre ellos Salvador Díaz Mirón y Guillermo Prieto—impidieron el intento.

DISGUSTO EN LA CITY

Vuelto el general Díaz a la Presidencia, su ministro de Hacienda, don Manuel Dublán, en vista de que los banqueros de Londres no estuvieron conformes en que con su dinero Méjico hiciera especulaciones y redujese su Deuda, recurrió, en 1888, a la casa S. Blichroeder, de Berlín, la que facilitó 10 millones y medio de libras, con lo que se pagaron intereses y se redujo el capital. Este empréstito era menos oneroso, aunque comprometía los ingresos de la ciudad de Méjico.

Al primer préstamo alemán siguieron otros, todos ellos destinados a subvencionar, nada menos, que a los ingleses y norteamericanos constructores de ferrocarriles en Méjico. Estos constructores alarcaron lo más posible las vías férreas—una prueba de ello es la de Cuernavaca—, con objeto de que la subvención nunca terminase. Sin embargo, los valores mejicanos, manejados desde Berlín, subieron hasta el 100.80 por 100.

Había trabajo y el ministro de Hacienda don José Ives Limantour sabía cobrar las contribuciones, y la Deuda disminuía gradualmente.

Liquidados los negocios con Blichroeder, abundaron las proposiciones de los Bancos ingleses, alemanes y estadounidenses. En esto sobrevino la guerra entre España y los Estados Unidos, suspendiéndose las transacciones internacionales. Mientras tanto, el alemán Blichroeder obtuvo la representación de los Morgan de Londres y de Nueva York. El ministro de Hacienda Limantour estuvo conforme, pero negándose a dar como garantía los ingresos de la ciudad de Méjico, las negociaciones fracasaron. Limantour fue a Europa y de regreso estuvo en Nueva York. En Wall Street le hicieron varios ofrecimientos, pero el ministro de Hacienda mejicano consideró preferible no entregarse a un solo grupo y mantener una competencia entre Londres, Berlín y Nueva York, e incluso atraía al capital francés, holandés y nipón.

Limantour se reunió en mayo de 1890, en París, con J. S. Morgan, de la casa Morgan de Londres; J. P. Morgan y C.ª, de Nueva York, y Blichroeder, de los Deutsche y Dresdner Bank, de Berlín. El contrato fue firmado por estos cuatro personajes, en Berlín, el 1.º de abril de 1890. La garantía mejicana eran sus ferrocarriles. Cuatro años después, cumplidas todas las obligaciones, Méjico adeudaba 112,773,000 pesos. Nuevas obras públicas aumentaron su Deuda, en 1904, hasta 140,424,000 pesos. Ese mismo año se obtuvieron de los Estados Unidos 40 millones de dólares (equivalentes, al cambio de entonces, a 80,066,205 pesos) para construir el ferrocarril de Tehuantepec, los puertos de Coahuacoalco, Salina Cruz, Veracruz y Manzanillo. Entonces, Limantour movió el tipo del cambio, abarató el peso mejicano y, como resultado de ello, la Deuda se elevó a 313,237,353 pesos. Al llegar 1910, la Deuda, en un plan descendente, era de 300 millones de pesos.

AGITACIONES POLÍTICAS

Después de abandonar la Presidencia don Porfirio Díaz, en 1911, se suceden en Méjico una serie de vaivenes políticos. No se pagaron intereses, y al acumularse éstos la Deuda aumentó hasta casi, 303 millones de pesos.

El 7 de mayo de 1912, el Presidente Madero pidió 10 millones de dólares a Speyer y C.ª, de Nueva York y Londres.

El general Victoriano Huerta consiguió en Londres un préstamo de 150 millones de dólares, garantizándolo con el 38 por 100 de los ingresos arancelarios. Se destinaron 41 millones a los Speyer, 12 a los intereses de la Deuda, cuatro y medio a los ferrocarriles y 30 al ejército y atenciones militares.

Vestestiano Carranza "olvidó" la Deuda exterior y, por fin, tras el agitado período político que va desde 1911 a 1922, la Deuda se incrementa hasta los 1.000 millones.

UN COMITÉ INTERNACIONAL DE BANQUEROS

Reclamaba a Méjico esta cantidad un Comité internacional de banqueros, con residencia en Nueva York. Allí se trasladó el ministro de Hacienda Adolfo de la Huerta. Su interlocutor era el banquero norteamericano Tomas W. Lamont.

Las conferencias Lamont-De la Huerta fueron muy bien vistas por los medios parlamentarios de los Estados Unidos. Se ofreció a los banqueros del Comité internacional una garantía superior a las rentas de Aduana, a los ingresos de la ciudad de Méjico y a los ferrocarriles; el petróleo. Lamont exhibió una serie de documentos que le acreditaban como representante de todos los acreedores de Méjico en el extranjero. Estos exigían 400 millones en concepto de intereses acumulados entre 1913 y 1922.

El 16 de junio de 1922, el ministro de Hacienda de Méjico reconoció que la Deuda de su país, ya en manos de Lamont, era de 1,451,737,587 pesos.

La cifra arduó a muchos diputados, que protestaron; pero la mayoría impuso el silencio. Méjico debía pagar, sólo de intereses, 42 millones de pesos anuales. A cambio de ello, Lamont había ofrecido a De la Huerta un préstamo de 20 millones de dólares, que nunca llegó a hacerse efectivo, porque De la Huerta comenzó a tambalearse. Se hizo rebelde y el Comité internacional de banqueros ya había entrado en negociaciones con su sucesor.

Tres años después, el 23 de octubre de 1925, se verificó la "Enmienda Pani", que consistió en desincorporar del primitivo acuerdo a los ferrocarriles. De ahí que la Deuda disminuyó a 890,201,891 pesos.

En 1927 los técnicos del Comité internacional de banqueros, Stierck y Davis, citaron la Deuda pública de Méjico en 1,067,213,132 pesos.

Desde entonces no se ha vuelto a hablar oficialmente de la Deuda ni de sus intereses, pero existe una evaluación hecha en 1.º de julio de 1937, del mismo Comité internacional de banqueros, que la cifra en 1,133,094,612 pesos, y en octubre de 1941, Hoy, de Méjico, la evalúa en más de dos mil millones. Después sólo hay las recientes negociaciones de Washington, en las que se ha hablado de un empréstito de treinta millones de dólares, y como tema también de las conversaciones, el petróleo, la plata de Méjico y reclamaciones de ciudadanos norteamericanos.

El escritor mejicano Carlos Pereyra ha dicho en su *Historia de la América Española*:

"El petróleo mejicano se hizo más famoso en el mundo entero por la historia de sus misteriosos manejos políticos que por la sorprendente actividad económica de la extracción."

"Fuera de la acción militar y diplomática del Gobierno de Washington, interesada en asegurarse una base de provisión de combustible para su industria y para su Marina de guerra, debe considerarse la acción privada, pero no por eso menos inquietante a veces, que desarrollan las Compañías explotadoras de petróleo para asegurarse una posición privilegiada."

Pero sin hablar del petróleo de Veracruz ni de Tamaulipas ni de la plata de Guanajuato—temas que por sí solos llenarían libros—, limitándonos a la Deuda pública, y concretamente a las últimas negociaciones financieras de Washington, cerremos esta plana con las palabras de *La Nación*, de Méjico:

"En nada beneficiará a Méjico la celebración del Pacto con Washington si llega a formalizarse en los términos proyectados y si candorosa y malintencionadamente se le erige en panacea de todos nuestros males, en expediente único y suficiente para resolver todas las cuestiones pendientes, aunque no incluya sino una mínima parte de las más obvias y urgentes. Antes bien: fundándose en una experiencia secular, podemos asegurar que la situación actual del crédito nacional resultará empeorada."

M. MAS

El clasicismo de D. Antonio Maura

Por LORENZO VILLALONGA



Don Antonio Maura nació en 1853, hijo de una buena familia burguesa.

Cuando tales ideas dominan, se corre el riesgo de volcar la mesa y acabar a garrotazos.

Los pecados políticos de D. Antonio Maura, como veremos después, nacían de sus virtudes.

Hechos así se repiten a lo largo de su carrera política. En 1909, después de la "Semana trágica" y del fusilamiento de Ferrer,



Palma de Mallorca: Lonja y Catedral.

Esos escritos se resentirán siempre de ese esfuerzo, se notará faltar en ellos la gracia.

nete. Maura no lo ignoraba, como no ignoraba Sócrates, ante sus jueces, que su defensa

Usó la paabra intimidad con algunas reservas. Maura no es jamás un hombre de afectos desbordados, lo cual no quiere decir un hombre frío.

Don Antonio Maura, hombre íntegro, tenía el gran egoísmo de su honradez: ocurría lo que ocurría, él no debía mancharse. Hemos dicho

Esa clase de ligazones—intensas, perdurables—no son raras en la vida del estadista.

La muerte de Sócrates, precedida de su célebre defensa, equivale a la inmortalidad. En cambio, las victorias de César Borgia se derrumbaron antes que su vida.

tó la dimisión del Gabinete; él no podía, como presidente, abandonar al ministro de la Guerra, desairado.

El talento del estadista se estrelló a cada paso contra sus escrúpulos de jugador caballero. En un país plenamente consciente y dotado de un hondo sentido moral (seguramente no existe así ninguno), Maura hubiera constituido un excelente gobernante.



Pollensa (Mallorca): El Calvario.

Academic and university documents from the Instituto del Cardenal Cisneros, including an 'Expediente Académico' and a 'PAGOS' receipt.

HE aquí un expediente académico que ha permanecido durante varios años olvidado entre los innumerables legajos del Instituto madrileño del Cardenal Cisneros.

Los programáticos, que son armadura vertebral del Nuevo Estado Español. José Antonio estudiante, como después soldado, abogado y político, inquiere

Contra el neopeccador y el diablo

Por MATIAS UNZUE

El diablo, amigos, es tan viejo y sabe tanto que aunque lo olvidemos y juguemos con él partidas de bridge, no dejará de asomar por cualquier esquina para ganarnos la postrema.

El hombre de España por excelencia se identifica con todos nosotros, con los de la generación que le debe el orgullo de poderse llamar españoles, en estos sencillos detalles de su vida en formación, en que se hace comprensible y amable, como admirable y gigantesco se hace ver en la tremenda proyección de su espíritu en toda la obra, sintetizada en la ilusión ambiciosa de los 26 Pur-

mundo insular. Y aquí surgió la teoría de la simulación, que es el "flirt". Las relaciones de todo orden entre hombre y mujer, de nombres y perfiles concretos y definidos, se confundieron exteriormente en el cosmos de la simulación.



el pecado o la virtud se consumaban elevándose a alturas—o bajando a simas—perfectas y definitivas. Han llegado épocas en las que lo que va interesando más es el diálogo con el demonio.

Con el "flirt" hemos topado, amigos, y con un pecado más que el demonio tomó de los ingleses. Pero distingamos que por una vez los ingleses se han visto burlados y sobrepasados. Más aún: explotados, lo que ya bastaría para aplaudir un momento al demonio por saber un punto de más que Pitt el joven o Lord Salisbury, aquí que los ingleses en tiempos figuraban ni más ni menos entre los contratantes de la majestad luciferina hasta que descubrieron que era de mal tono mentar incluso en conversación confidencial al diablo, al infierno y a los calzoncillos, sin perjuicio de que todos estos elementos, con el adulterio y otras cosas, siguiesen surtiendo efecto por el

¡Ah, no tenemos la culpa, aunque sí la pena, de que el combate de Trafalgar se perdiese! Ni de que la reina Victoria diese su nombre a ese último golpe de plancha sobre el almidón de una costra brillante que acabó de encubrir un fondo normal y humano. Pero he aquí que un mundo entero tomó la costra por alma, y lo que se decía "flirt", por canon y modelo, no de simulación, sino de fondo. Las relaciones humanas en un aspecto—se vino a pensar—se resuelven de dos formas: la de siempre y la nueva, que es el "flirt". El "flirt" no es el más inglés de los medios, sino el más nuevo de los fines, aceptando como fin lo que es sólo medianería. Yo no sé si en lo inglés tuvo parte el demonio. Quizá sí; pero es seguro que en su semblante se dibujó una sonrisa y aun una maravillosa carcajada de bajo cantante de ópera cuando ayudó al fenómeno de su universalización y vio que en la nueva forma de tentación nada tenía que ofrecer en cambio.

El contrato dejó de serlo o se convirtió en el monstruoso negocio que no tiene caso. Amor al diálogo por el diálogo, como los tradicionales campesinos gallegos a quienes gusta pleitear por el amor del pleito y del pastel sellado. A nosotros esto de Galicia nos ha parecido siempre—como gallego—la cima de la sutileza, lindante casi en lo demoníaco. O como el sutil y desquiciado paralelo del que compra específicos de farmacia por diletantismo, que los hay. O en definitiva, como quien dialoga con el pecado y hace pecado—aunque no lo sepa—del diálogo injiriendo dosis de "Simpatina", ni siquiera cocaína, amigos, como Verlaine y las marquesas de Pedro Mata, para hacerlo más animado y simpático. (Me dicen que hay veinteañeros que lo hacen para bailar mejor una tarde y hacerla más animada.) El pecado se hace "flirt", y las drogas, con su regusto infernal, se hacen respetables productos de la casa Bayer. Invitación al pecado, diálogo con lo abisal. Pero el demonio, sin nada que dar a cambio, se halla otra vez a la vuelta de la esquina, riéndose de una Humanidad que, en combinación con la suerte que "Dios" mide al pecado por la intención. La Humanidad adelgaza sus matices de colaboración con el diablo para hacer trampa, que dar en la antea del pecado y sentirse satisfecha. Pero ello le será también contado en el día de la ira, con la adición, quizá de la eutipicidad. Por eso, el diablo ríe y dialoga, dialoga...

Sannazzaro y Crisóstomo

(Viene de la página 1.)

dad de comer bellotas y pacer hierba con un poco de leche y miel, según la política de abastos de la Edad de Oro. Así, está triste hasta las lágrimas la encina de un cuento de hadas de Basile—probable amigo napolitano de Cervantes—, porque ahora sus bellotas son alimento de los cerdos, habiendo sido antes manjar de los mejores hombres del mundo. El Policiano cantaba: "Un vengia maggiegio gunfalon selvaggio". Esta "bandera salvaje" del Mayo de la selva acaba en manos de Rousseau, de Tolstoy, de Bakunin y es siempre la bandera del idilio revolucionario. Si yo fuera profesor de historia del socialismo y sus orígenes pondría diez lecciones de literatura pastoral y Edad de Oro, que no dejaría de enlazar con alguna herejía cristiana, como el milenarismo de la Iglesia de Oriente, o sea, los mil años de felicidad indecible, la paz del lobo y el cordero, las encinas y rocas que sudaron rocíos de miel y todo cuanto Virgilio dice, recordando un momento a Isaías, en su famosa Egloga Cuarta y sibilina que Don Quijote a ratos repite en su capítulo XI de la parte primera.

Vivar como muy honrado y valiente caballero.

Pero no acabaré sin volver a lo de antes, pues mucho me temo que al lector le parezcan exageraciones lo que aventuré sobre la influencia del autor de la "Arcadia" en Cervantes y Garcilaso. Dirá el lector que el ritmo, el aire, el juego de la prosa de Cervantes le sustentan a muy españoles y aun parecen acomodarse a maravilla a los movimientos de la raza. Le contestaré que el estilo de Sannazzaro, aunque fuese en lengua de Italia, tuvo también que acomodarse al movimiento y genio de esa misma raza de Cervantes, porque Sannazzaro, en cuanto a la sangre, era español y de origen nada remoto.

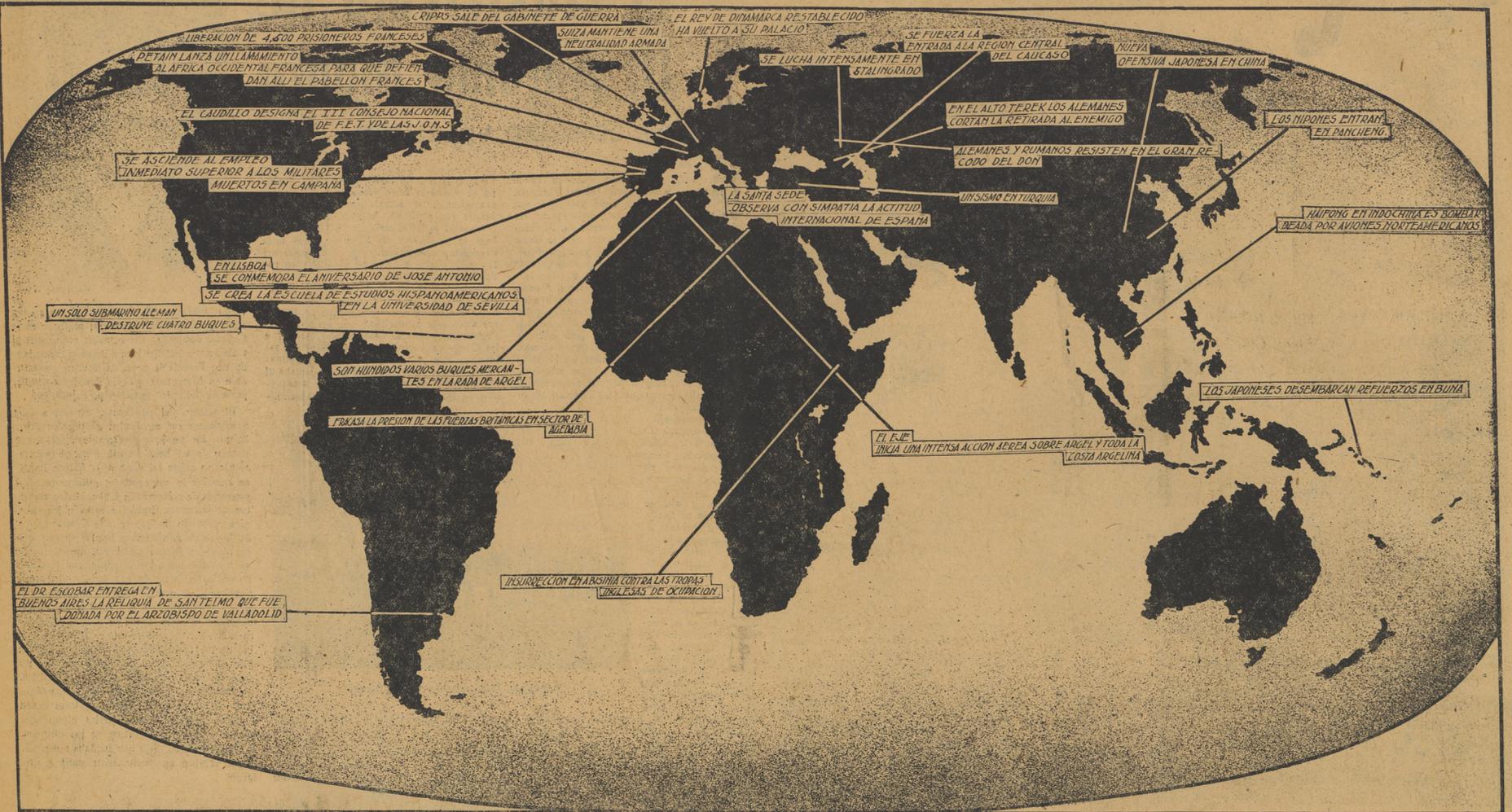
Y esto no son figuraciones mías, porque lo cuenta él mismo "ce" por "be". Su padre, su abuelo o los dos juntos, pasaron desde España a Nápoles en tiempo de don Alfonso el Magnánimo de Aragón, y bajo este Rey nació nuestro poeta. Se llamaban los Sannazzaro Salazar, y el poeta dice que hay en España un lugar de su apellido originario. No sé si se pondrían en su vida partenopea bajo la advocación de San Nazario, mártir, o más bien resultase que Salazar se les fuera volviendo Sannazzar a fuerza de narices napolitanas. Pero por muy grande que su influencia fuera, no implicaría superioridad. Giotto y Rafael son mucho mayores que Cimehue y Perusino, aunque sin ellos no se explicaría su pintura. Ni Jacopo Sannazzaro es por su parte tan pequeño, sino más bien uno de los más dulces alumnos que en italiano y en latín tuvieron Dante, Petrarca y Virgilio. La pureza que quiso él poner en su obra y en su vida nos conmueve aún como una rosa fresca e intangible, con su perfume, sus espigas y sus lágrimas del aurora sobre el suave fuego. Era la suya una naturaleza angélica como la de Rafael y la de Mozart. Se enamoró a los nueve años como Dante, de una niña de su edad más o menos, como era Beatriz, llamada Carmosina Bonifacia. A los dieciocho o veinte le declaró su amor, pero no fue correspondido. Se fue a París por unos años. Otróvó y anduvo aquel día el buen Rodrigo de

mujer. Escribió "La Arcadia", poesías latinas e italianas, un poema latino del parto de la Virgen. Así llevó a un alto sentido de tradición clásica y de modernidad renaciente, la pastorela gentil y el piadoso villancico, que cantan en la poesía castellana y galaico portuguesa como los dos primeros manantiales de nuestra lírica. Le enteraron como a Virgilio y junto a Virgilio, Sannazzaro recuerda precisamente a Crisóstomo por el desesperado amor, por el entiero virgiliano, por el gusto de componer pastorelas cristianas y clásicas, canciones de la Navidad y églogas paganas.

Al hablar de la muerte de Crisóstomo, Cervantes alude también a la sepultura de Virgilio. Sin duda, ha sido ingenua muchas veces la ilusión de la Edad de Oro y otras veces mero prurito de elegancia poética —porque la Egloga era lo escogido—o insoportable podantería. Pero en toda Europa, junto a la pastorela pagana, hay una pastorela cristiana también, la de la Navidad. Un hombre con vocación de pastor a lo divino y de caballero andante—con las vocaciones que tuvo Don Quijote—, un hombre que también hizo salidas para armarse caballero, San Francisco de Asís, inventó el Nacimiento, que ha llegado a nuestros hogares y a nuestros templos en las fiestas de Navidad. En torno a esta invención amorosa floreció la pastorela cristiana de Occidente, la fiesta de la unidad entre todas en torno al Dios Niño: Angeles, estrellas, reyes, pastores, animales. Toda la Monarquía Popular y Cristiana se anunciaba en torno a este Belén. Y también llegó hasta Castilla otra poesía campestre que no era misterio cristiano ni utopía pastoral de la Edad de Oro, sino cruda realidad geográfica, virgiliana también, pero la del yugo sobre las flechillas, la que pone sobre la epopéya el equilibrio de la fecunda paz, para que así sea la Patria "rica de cosechas y de héroes".

"Hoy, segadores de España, veni a ver a la prosaína, trigo blanco y sin arpaña que de vello es bendición. Esta sí que es siega de vida, ésta sí que es siega de flor."

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS.



COMUNIDAD ESPIRITUAL DE BOMBARDEO DE GIBRALTAR LOS PUEBLOS BALCANICOS

(Viene de la página 1.)

—¿Constituyen los Balcanes—le hemos preguntado—, a pesar de sus diferencias étnicas, geográficas e idiomáticas, una cierta unidad espiritual?

—Para responder a su pregunta, será necesario remontarse, aunque sea muy ligeramente, a explicaciones y referencias históricas. A pesar de todas nuestras disparidades, que son hondas, hubo un principio de unificación con la invasión turca, y, consiguientemente, nuestra reacción común contra ella.

Bulgaria es, por decirlo así, el centro geográfico de los Balcanes. El espíritu dorsal del país es precisamente el Egeico o Sarc Platiná (Montaña Vieja).

El renacimiento cultural, espiritual y político de todos los países balcánicos empieza a fines del siglo XVIII. Este renacimiento se propaga partiendo de los pueblos que por vivir más en la orilla de la península se encontraban más accesibles a la influencia liberadora occidental: en primer lugar, Grecia; luego, Rumania, Bulgaria, por ser precisamente el núcleo, arribó a él más tarde, lo cual no quiere decir, por lo demás, que no alcanzase en nuestro país la misma o superior vehemencia, el mismo o superior heroísmo.

En Bulgaria existía una tradición cultural que se remontaba a los siglos IX y X, en los tiempos del rey Simeón, hijo del zar Boris. A fines del XVIII, un monje, el padre Paisii, historiador, echó los fundamentos de un firme nacionalismo idealista.

Estas tendencias comunes entre todos los pueblos balcánicos han creado, de hecho, una cierta comunidad espiritual en toda la península. En ello, como es natural, hay mucho de mutua influencia; por ejemplo: los búlgaros participaron activamente en la lucha por la liberación de Grecia, de Serbia y de Rumania.

Y en cuanto a las divergencias que aún subsisten, tiene, ante todo, su origen en el hecho de que los pueblos que han llegado antes a la independencia y a la incorporación a la gran cultura europea, han querido aprovecharse políticamente de esta ventaja en el sentido de un cierto imperialismo regional.

Hay una unidad de costumbres, folklore, etc. Y sobre todo en religión, la que nosotros llamamos ortodoxa y vosotros cismática. Asimismo, el idioma, de la gran rama eslava del Sur. Nuestra lengua, los serbios la comprenden sin dificultad, y viceversa.

En cuanto a lo político, hay, sí, profundas divergencias. Por nuestra parte, hemos dado pruebas, en repetidas ocasiones, de buena voluntad, tendiendo amigablemente la mano a rumanos, serbios y griegos.

—Una vez en el terreno político, dígame: ¿Se siente satisfecha Bulgaria dentro de sus actuales fronteras, o tiene aún reivindicaciones que presentar?

—La posición de Bulgaria en cuanto a reivindicaciones arranca del tratado de San Estéfano, firmado en febrero de 1878. Ese tratado, que concedía a nuestro país una extensión territorial de alrededor de 180.000 kilómetros cuadrados, constituye el ideal de todo búlgaro. Pero sólo rigió en el papel, y ello por pocos meses, pues en el Congreso de Berlín, de julio de aquel mismo año, Bulgaria quedó fragmentada terriblemente. De los 100.000 kilómetros cuadrados se nos dejaron 60.000; de una po-

blación en aquel entonces de 5 millones, sólo se incluyeron 2 millones dentro de nuestras fronteras.

En la actualidad, la extensión de Bulgaria, con los recientes territorios rescatados, es de 150 a 160.000 kilómetros cuadrados, lo cual nos aproxima a la situación creada por el tratado de San Estéfano; por ello, nos sentimos satisfechos en lo esencial, aunque todavía quedan del otro lado de la frontera importantes grupos étnicos, cuyo ideal y el nuestro, naturalmente, es su incorporación definitiva a la madre patria.

Bulgaria, con su reciente salida al Egeo, es un país mediterráneo. ¿No cree usted que será deseable, una vez terminada la guerra, una más estrecha cooperación y colaboración política, económica y cultural entre todos los países mediterráneos, dentro del nuevo orden europeo?

—No es necesario para ello a que haya terminado la guerra. Antes de la salida al Egeo, Bulgaria, país mediterráneo a través del mar Negro, ya se preocupaba muy mucho de sus relaciones con los demás pueblos ribereños de aquel mar.

Con España, concretamente, la colaboración tanto cultural como económica me parece extremadamente plausible y llena de posibilidades para el futuro.

—¿Se enseña el español en Bulgaria?

—Desgraciadamente, aún no, al menos con carácter oficial. En la Universidad de Sofía hay una cátedra de Filología románica, regentada en la actualidad por el profesor Tomov. Uno de nuestros jóvenes filólogos, Ralchev, ha traducido varios españoles y ha escrito mucho sobre temas de romanismo. En la actualidad estamos tratando de crear una cátedra de lengua española.

—Una última pregunta: ¿De qué pueblo europeo se sienten más afines los búlgaros?

—La cuestión que usted me plantea tiene dos aspectos que conviene separar pulcramente. Primero, lo que se refiere a afinidad de raza, lengua, cultura, tradición espiritual. Segundo, el aspecto político.

La mutabilidad renacentista en incidencia con la quietud clásica del catolicismo reformado? ¿Respingos de la individualidad vital en empeño disidente y autónomo frente al espíritu genérico y su verdad institucional grave, luminosa y solemnemente declarada? ¿Que de tan trascendental asunto para investigadores autorizados, pacientes y serenos.

Y, en primer término, interesa consignar que eso de que "yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos" hay que atribuirlo a una persona históricamente delirante, descolocada. Por lo visto, el hombre sería el enemigo de la libertad del hombre. Lo clásico, riguroso y exacto es lo contrario: el hombre es el artífice de su propia libertad.

En este siglo no se nace libre por naturaleza; pero puede uno ser libre merced a la Patria nacional. La libertad no es un atributo congénito con la vida; es adquisición, merced a un espíritu—inteligencia, valor, ética—que labora con eficacia en las lides del mundo. Nos referimos a la libertad mundana del hombre, o sea, la que se disfruta de tejados abajo. Pero ni aun siquiera la libertad de tras-

En cuanto a lo primero, Bulgaria, pueblo eslavo—sobre unos millones de eslavos llegados en el siglo VII, actuaron, un siglo más tarde, como minoría conformadora, alrededor de 60.000 búlgaros mongoles—, pueblo eslavo, repito, nos sentimos atraídos por el eslavismo, y congruentemente por Rusia, que fue nuestra liberadora de los turcos. Bulgaria aportó a la cultura eslava, entre otras cosas, el alfabeto llamado cirílico. Recuerde, asimismo, aquella novela de Turguénev cuyo personaje central, Insarov, es un búlgaro.

Ahora bien, desde el punto de vista político nos sentimos absolutamente hostiles al comunismo y, en consecuencia, afines a todos los países que luchan actualmente contra él, y en primer lugar a Alemania, Bulgaria, como España, es signataria del Pacto Antikomintern. Ya en la Gran Guerra luchamos al lado de los alemanes contra los rusos. Y hoy, nuestros círculos rectores se sienten influidos por el espíritu alemán, tanto por lo que se refiere a objetivos procedimentales como en cuanto a medios y procedimientos de trabajo.

—Y bien, Sr. Neicov, ¿se siente usted contento en Madrid?

—Madrid ha producido en mí una sensación verdaderamente de osombrío. Vengo de Sofía, he atravesado toda Europa, y no he visto en ninguna de sus capitales esta alegría, esta sensación de abundancia, no obstante las dificultades de la hora. Considero verdaderamente maravilloso cómo nuestro Gobierno, a las órdenes del Caudillo, ha podido, después de una guerra civil tan terrible, realizar, en sólo tres años, esta labor tan admirable y tan fecunda.

—Bien venido a nuestro país, Sr. Neicov. Que vuestra labor personal y la labor de la Asociación Hispanobúlgara redunde muy en beneficio de nuestros pueblos.

Nos acompaña hasta la puerta. Y sentimos cómo, por encima de las distancias y de las fronteras, los hombres de sentimiento y buena voluntad hacen moverse al mundo.

(Viene de la página 1.)

El viento bate a proa con intensidad. Por esto la deriva se hace casi imposible.

Para mantener el aparato, ateniéndose a unos datos, fruto de larguísimo estudio, a alturas diversas que varían continuamente con la progresión del vuelo hacia el objetivo, una especie de contabilidad de aviación administra con toda escurpitud el carburante.

Si al comienzo del vuelo el consumo puede ser alto en tanto el aparato está sobrecargado, y por esto los motores deben girar a la máxima energía, va aumentando conforme el aparato va por el ambiente atmosférico, pues, a semejanza de muchos hombres, muestran avidez e intemperancia. Por esto se hace necesario un continuo control de los contadores de aceites y de carburantes.

Sobre el mar.

Aún no es luna llena, pero su luz es cálida, apasionada y generosa.

Es un poco maligna: si bien te guía por el cielo (señalándote la presencia de nubes peligrosas), te muestra, durante horas y horas, el mar, sólo el mar.

En este momento se tienen secretos pensamientos: pensamientos que el cerebro construye a su modo y que son el anticipo, el clavo herrumbroso y torcido, contra la mala suerte.

Se piensa en una rebelión del motor, en un ruido de herrajes, en una zambullida en el mar. El agua está demasiado fría en esta estación, decía el capitán G, antes de subir al aparato, y ponía colorón a su histórica frase con una carcajada homérica.

Durante el vuelo vuelve uno a pensar sobre lo mismo. Se siente en el cerebro una especie de vibración que se pierde tras de la nuca como un acorde de arpa.

La costa está próxima.

Ahora la tripulación se dispone para la acción contra el puerto de Gibraltar. El comandante de la escuadrilla, que es uno de los más modestos, inteligentes y valerosos pilotos de Italia, dispone la acción.

Se deberá proseguir penetrando en tierra con ruta Oeste. Hay que presentarse sobre el objetivo con una dirección que los ingleses no puedan suponer, ya que es completamente opuesta a la elegida en las acciones precedentes.

En una palabra, se intenta la sorpresa.

Gibraltar tiene la fórmula perfecta y sabia para la defensa; todo lo mejor que existe en Inglaterra con respecto a cañones anti-aéreos, reflectores, detectores y caza nocturna se halla reunido en la formidable base naval.

Pero si el petrecho guerrero es perfecto, creemos decir verdad al afirmar que ha de reinar mucho nerviosismo en la base cuando se da la señal de alarma.

Nuestro aparato se ha acercado al objetivo, procedente de la dirección X; como por encantamiento, aun antes de que el avión penetrase en el sector defensivo, por lo menos 50 reflectores se han lanzado a la más agitada de las danzas surcando el cielo; pero ciertamente que estaban mal inspirados los localizadores.

Los radiolocalizadores son unos instrumentos que en breves instantes dan la posibilidad de intuir de qué sector proviene el avión enemigo y la altura aproximada; inmediatamente orientan hacia aquella zona los reflectores, el tiro anti-aéreo y los cazas nocturnos.

Cuando nos encontramos sobre el objetivo, el espectáculo apareció ante nuestros ojos absolutamente fantástico.

Una admirable fiesta organizada por multimillonarios. Una profusión de luces inimaginable en búsqueda del aeroplano invasor.

El aire crepitante, emocionado, saturado de pólvora explosiva: la famosa cortina de tiro.

De repente el coro de reflectores ha hecho una gran reverencia, llegando a lamer casi la tierra, y el tiro de los anti-aéreos tamborilea incesante a una altura inferior a la nuestra.

Existía razón para ello. Vimos una estrella lanzada como con catapulta contra nosotros. Pero las estrellas no abandonan su órbita por un aeroplano.

Se trataba de un caza nocturno enemigo que quería intentar un golpe de sorpresa al encontrarse a poca distancia de nuestro aparato.

Un viraje en seco: la estrella mecánica y agresiva viene absorbida por la oscuridad.

El fuego anti-aéreo vuelve a emprenderse furiosamente. El puerto se ve con perfecta claridad; la niebla artificial tiende su masa lechosa, protegiendo el fuerte.

Una pasada en la dirección más adecuada, y se efectúa el tiro. En distintos puntos del puerto observamos con perfecta claridad una serie de violentos chorros rosáceos, semejantes a una fuente luminosa que de pronto se extingue.

El fuego anti-aéreo cerca al aparato y los reflectores no aguantan su cola solenne; una espada de luz llama a retirada a los demás reflectores. Pero el aparato se sustrae de repente a la mordedura luminosa y vuelve a entrar en la zona de sombra.

La luna es ahora melancólica. Y observa a los reflectores, que, en un cambio rapidísimo, toman una nueva dirección: los compañeros llegan.

Después de largas horas de vuelo sobre el mar, se ve dibujado en el horizonte el giroscopio luminoso del faro de llamada de nuestro aeropuerto.

Es un pequeño faro, nervioso, que no para; constituye una inmensa alegría para el piloto que vuela.

La escuadrilla de bombardeo a gran distancia «Bruno Mussolini» reúne un ramillete de pilotos de excepcional valor que, a más de combatir con el más grande espíritu de sacrificio, gana nuevos laureos con esta arriesgadísima y difícil empresa contra el enemigo, y con una admirable disciplina guerrera, a la memoria de «Bruno», emprende esta acción, que ella ha ideado, querido y preparado para obtener la victoria más grande de la aviación italiana.»

LA DECISION IRREVOCABLE

(Viene de la página 1.)

El Alzamiento de julio, al derribar la tiranía del Frente Popular, venia implícitamente a terminar con esta vergonzosa abyección. A devolver a España juntamente con la dignidad y el decoro nacionales, la férrea unidad interior y la libertad de nuestra política exterior. La posición geográfica de España, el caudal valioso de su proyección americana, el nervio guerrero de la raza manifestado en la propia lucha, todo ello hizo que se alarmase profundamente el clan internacional ginebrino ante la perspectiva de la victoria nacional. Las comedias trágicas de la no intervención fueron uno de los obstáculos lanzados en el camino de nuestro triunfo. Pero además, al acecho de cada coyuntura meditaban los defraudados secuestradores de nuestra política exterior nuevas y sinuosas celadas.

¿Quién no recuerda las horas difíciles del Ebro? Cuando en plena batalla fechor de desgaste, una palabra susurrada a media voz—mediación—comenzó a planear sobre la preocupación motivada y patriótica de la España nacional? ¿Quién ha olvidado la repentina aparición de un fantasmagórico coronel Casado, supuesto jefe militar de la España roja, dispuesto a pactar a todo trance en la hora undécima del triunfo?

Pactos, componendas, transacciones... todo era uno y lo mismo. Evitar como fuera que España recobrase el camino de su unidad interior y con ella la capacidad de pesar otra vez en Europa. La mediación era la fórmula podada de invalidez definitiva: «Ni vencedores ni vencidos. Ni fascismo ni comunismo. Ni España blanca ni España roja.» España gris, Tercera España, como la bautizaron algunos de sus pon-

tífices literarios o políticos. Traemos a colación estas reminiscencias archaisbadas porque se barrunta en el horizonte una nueva suelta de estos globos de propaganda. Sabemos que no tienen nada dentro, sino un poco de aire caliente, y que su único objetivo es hacer que miren al cielo los papantales y los centinelas se distraigan y se nos cuele sigilosamente el auténtico enemigo en casa.

En el fragor de la batalla mundial, cuando cerca a España por imperativo geográfico el cordón erizado de fusiles de los ejércitos en lucha, se hace más preciso que nunca proclamar la irrevocabilidad de un proceso político interior: la guerra de liberación. Pase lo que pase en el mundo, sea cual fuere el destino de la contienda y su extensión en el tiempo y en el espacio, suena en nuestros oídos canciones de sirena o sobornos morales lo que se ganó en abril de 1939, después de un cúmulo inmenso de glorias y penas, eso es firme y definitivo. La fe católica de nuestros padres, la unidad de hombres y tierras españolas, el tesoro espiritual y político de nuestra tradición histórica, las Instituciones que de ella se derivan, el respeto a la personalidad humana, son valores irrenunciables que están ganados para siempre. Y junto con ellos nuestra fisonomía exterior de pueblo libre, atento en sus decisiones tan solo al interés de España, sin sujeciones ni prejuicios de ninguna especie.

Precisamente por ello, por ser libres de verdad, podemos hoy garantizar por las armas la integridad y soberanía de España, manteniendo la paz en nuestros territorios, como acaba de anunciar el Gobierno del Caudillo.

De cómo se nace en este siglo

(Viene de la página 16.)

ancho espacio de una Patria honoráble, en el crece y en el se despierta como espíritu que conoce aquello que lo sostiene y aquello de que se nutre. acaba por saber, agradecido, que la Patria es prógida, diligente y amorosa; que es un empeño y no una herencia fácil para el disfrute; que es acción y no quietud, desvelo y no insomnio, a veces segura y no paz; pero ser promesa y esperanza a guisa de los sacrificios que se la rindán. En este punto luminoso del mediodía del espíritu conoce el hombre lo que es y representa la Patria nacional, lo que a ella le vincula y lo que con ella le identifica. Y lo que conoce son dos verdades fundamentales y grandes como un templo: una, que la Patria es la libertad; el honor y toda suerte de provechos; otra, que la Patria se mantiene libre, honorable y provechosa por el servicio. No hay libertad sin poder; no hay honor sin nobleza de alma; no hay provechos sin laboriosidad, inteligencia y virtud ascética limitadora de la inmoderación orgiástica de la vida concupiscente.

FÉLIX GARCIA BLAZQUEZ

LA RAZA DE LA ESTIRPE HISPANICA



«Audax Jafeti genus.» HORACIO: Od. I.
EN el horizonte remoto de toda Historia Nacional surge con más o menos luz el mito sobre el origen de la raza y el nacimiento de la estirpe.

«Basta leer a Bernal Díaz del Castillo, el cronista conquistador de la Nueva España, para darse cuenta cómo él siente el orgullo de su sangre: «Eramos todos los demás hijosdalgo, aunque algunos no pueden ser de tan claras linajes, porque vista cosa es que en este mundo no nacen todos los hombres iguales, así en generosidad como en virtudes.» Y Gracián, con este mismo orgullo, escribe sobre los hombres de España: «No hay aquí bestias ni hay vulgo como en las demás naciones.» Y mil citas traeríamos para mostrar como nuestro sentimiento nacional se engrasa en este factor de la sangre limpia que el español verdadero siente en sus venas. No es hoy hora de que el español renuncie a su sangre, mantenida aquí en España y extendida por todas las latitudes del Globo. Para vigorizar este

P O R
 MARTIN ALMAGRO

sentimiento escribimos estas verdades científicas.
 Sobre el origen de nuestra estirpe han escrito ya nuestros viejos historiadores, y hoy sabemos con certeza las raíces de nuestra más remota antepasada. Hay en sus escritos toda una ambiciosa explicación sobre la genialidad de nuestra raza. Así Mariana, fundándose en su saber bíblico, comienza su famosa Historia de España con esta frase: «Tubal, hijo de Jafet, fué el primer hombre que vino a España; y poco después añade: «Tubal, que fué el quinto hijo de Jafet, envió a lo postrero de las tierras donde el sol se pone, conviene a saber a España, fundó en ella dichosamente y para siempre en aquel principio del mundo, grosero y sin policía, no sin providencia y a favor del cielo, la gente española y su valeroso Imperio.»

CONTIENDAS PARA ESPAÑOLES

Contienda del Gigante y los enanos

Por TOMAS BORRAS

Es lo mismo España, vista en sus hechos panorámicamente, que esta anéctasis que la simboliza: Hubo, y hay, y habrá, un Gigante de inaudito esfuerzo, de pensamientos soberanos, de corazón altísimo, alivia honra y deseos santos. Cualquier empresa para él, cuando fuera grandiosa y digna de semidioses, la embestia, afrontándola sin pavor a la desproporcion de los medios y el trabajo, sin pesar ganancias ni solicitar más recompensa que la satisfacción de su idea, ideal subido y glorioso. Así, el Gigante emprendió cosas sobrehumanas y estupendas, tenidas por algunos en locuras; dió a la crónica sucesos de inmarcesible laurel; tanto rompió la finiebla de los mares ignotos, cuanto sacó del abismo continentes, y de modo peleó contra la furia dominadora del África, vertiéndose en Europa y salvó a Europa poniendo su pecho por escudo, como concibió la unidad del mundo y le dió al humano mundo y dogma. Las hazañas de Teseo y Hércules, ese Gigante puso en desprecio y olvido. Pasado de dardos y acuchillado, negro de sangre seca, siempre refrescada por otras sangres, y de la pólvora continua, el forzudo, y membrudo, y alentado, rompió lizas, acabó castillos y pasaba anchos rios inéditos y lenguas de mar desnudo y con las armas sobre el pavé allí donde arreciaban los combates y encuentros por una buena causa o por medrosa aventura, en arenas ardiendo, en hielos cuajado, en el cogollo de la cultura o en cándidos vírgenes confines. No se pudo decir «¡A mí!» sin que el Gigante acudiese al remedio del qué lo había menester, ni sospechar rescate de almas y evangelización, o explorar lo iluminado, o doma y reducción del soberbio, o la misma defensa de independencia de la tierra que ensanchamiento de la fe o exterminio de discordias y herejías, sin que se anticipase el Gigante en la arrogancia de medir sus armas. Hasta de la Santísima Virgen salió defensor (no cobijado ya en la Tierra), enamorado valedor de María, sobre dos fuertes pies, mandable en ristre, para proclamar e imponer al Universo, atónito. Su pureza. Fué, y es, y será, el tal Gigante envidia y espejo, guía severa, capitán y orgullo entre caballeros y quienes sepan qué es y cuánto brilla diamantino el honor... ¿Y sus hechos y venturas, tareas intrincadas, obras fabulosas, esfuerzos de quedar sin resuello,

tudo su extraordinario empeñarse, y sufrir, y titánico arrancar estrellas, benefició al Gigante y le hizo poderoso, salvo en renombre?... Es sabido que otros y los demás se iban lucrando por los caminos que el Gigante abría y con las presas que sujetó, y con los universos que engendraba. Porque el magnífico Gigante no hizo sino concebir, empezar y resolver con nervio las importantes acciones. Entre su ímpetu y vigor quebrábase una fibra falsa y de pereza; en su sangre potente vivía una gota de inexplicable desánimo. Y así, para rematar sus prodigios, organizar sus conquistas, continuar las construcciones monumentales y perpetuar las riquezas, administrarlas, perfeccionándolas, y florecer los ilimitados espacios que dominaba, el Gigante todo lo ponía en manos de unos enanillos, gente de techo chato y rutina, corta de visión, con mucho desdén por lo superlativo. Y el Gigante, dejador del desegno por consolidar, o rematar, en manitas de homúnculos, se echaba a sesteos, contento de sí y de la suerte, creído en la eternización de sus logros, puestos bajo intervención de los enanos que le asistían. Ibase, de nuevo, a osar algún paso posombo, y a sus espaldas los enanos recorriban y reducían los propósitos del fuerte ganador conformándose con menos que mediano pasar, reían del sobrefuerzo, encogíanse aún ante las dificultades y menudas labores, y lo continuo y esmerado de ellas. Así, lo que les encomendaba el Gigante quedaba suspendido, a medio rematar, desordenado, empobrecido, desvitalizado, perdido, miserable, con nota de la abulia, desdaga, ignorancia y sucios lucros de los enanos, que todo lo encubrían con murmurar de quien realizó los portentos, estancando en ellos el que llamaban buen sentido, y todavía más, fiándose de hipócritas adulaciones y vendidos favores de los extranjeros, que se alzaban al final, por astucia y mentecatez de los menguados enanos, con el patrimonio ganado por el Gigante. Y otra vez este Gigante, alerta de que su hazaña anterior estaba desengañada y sin fruto, saltaba a rendir el alma y los rifones en nueva más desproporcionada y memorable; para que, al confiar el botín a los enanos de su casa, reiniciados en dejárselo empolvado de la inacción y, como eran enanos, enanoado. Carecía de perseverancia el Gigante; por ambición de lo absoluto cedía trofeo a trofeo a las cicaterías, y apatitillas, y errada administración de los alcortos; incapacidad y falta de estatura de éstos, que debían completar la obra, inmortalizar el tremendo empuje del Gigante y guardar su hacienda; a estas dos causas se debe el alzar y bajar de nuestra historia, que es su historia, tan pronto en las nubes por el aliento y el músculo gigantesco como abajada y desmenuzada, roída por la inutilidad de las pollizas. Y no entenderéis su historia, de la España del Gigante y los enanos inseparables, sin esta clave: que hay en cada época unos cuantos héroes que alcanzan inauditos hechos, traicionados, también eternamente, por la positividad y menos que mediocridad de los exiguos y pasivos encargados de conducir y regir con sagacidad y buen orden cuanto aportó la reducida hueste de esos gigantes que se fatigan demasiado pronto de lo que acometieron con arranque, por sino de su mácula en la continuidad, que les pesa. Tal me dijo el maestro; y añadió:—Por eso el benedictino don Guereñguer, ante el sepulcro del Apóstol Santiago, en Compostela, oraba así:—Señor, protege a España contra el achicamiento de las verdades que la hicierón grande.»



Para él los iberos son nuestra segunda gran invasión aportada por el Mediterráneo; por la Galia nos llegan los celtas, con los cuales, mezclada la raza, nacera ese celtibero del que Trogo Pompeyo dirá: «Ad est robur Hispaniae.» Como Mariana, otros historiadores del Siglo de Oro se plantean este problema sobre el origen del hombre español, y todos esclarecen este mismo valor y sentido sobre los aborígenes de la Península, fundadores del pueblo español, pues serían siempre su fundamento.
 Todo lo demás que dicen los historiadores clásicos antiguos y españoles sobre los comienzos de nuestra Historia es anecdótico, aporta riqueza legendaria de matices a nuestro pueblo, pero no es fundamental. Del Mediterráneo, y por África, nos llegan reyes mítológicos que seguramente representan y dicen de fuertes aportaciones culturales; más lo básico de nuestra raza es europeo para los historiadores del Siglo de Oro y lo es hoy también para la ciencia.
 En primer lugar, la Antropología prueba que nuestro suelo ofrece una fusión y síntesis de elementos diversos que proporcionan una mayor homogeneidad en el tipo español que el que podemos hallar en cualquiera de los grandes Estados europeos.
 Ya en su «Cronica General», de Zampa llegó a la conclusión de que las calaveras italianas tienen una mayor variación que las españolas, aseveración que ha sido corroborada en trabajos posteriores. No hablemos de Francia o de Alemania, crisol donde se han fundido las razas más diversas y donde hablar de pureza racial es un término de polémica política sólo para luchar contra un determinado elemento y buscar el predominio de otro, que de ser tan fuerte y mayoritario, no necesitaría de leyes protectoras. En Alemania, por

ejemplo, el racismo ha sido el eje de una política popular y de una mistica de la sangre germánica que hay en el pueblo alemán, en realidad producto de mil mezclas diversas.
 Serían infinitas las citas que refuerzan esta homogeneidad relativa de la raza española, cuyos diversos elementos han llegado a un grado de fusión extraordinaria. Sabios nacionales y extranjeros han reconocido este hecho, tan importante en la vida de un Estado. Hadden lo señaló, explicándolo por el aislamiento peninsular, y observó que éramos un pueblo muy uniforme. M. Montandon, profesor de Antropología de París, ha escrito: «Basta atravesar España en cualquier dirección para convencerse de la homogeneidad de su constitución étnica, y el tipo moro no dolicocefalo domina en toda la población de modo más fuerte que en Francia el alpino, que constituye y caracteriza y representa a la nación francesa.» Y Pittard ha destacado la neta fisonomía de España en Europa por una homogeneidad que pocos grupos étnicos pueden presentar, añadiendo que «la Península constituye un bloque cuyos destinos históricos y étnicos han sido los mismos a sus grandes líneas. Igualmente el célebre antropólogo Günter, en su «Rassen-Europas», ha escrito, y lo ha repetido en otros trabajos: «España está habitada por un tipo dominante y característico, constituido por la raza occidental y además salpicaduras del Asia Menor en las costas y de sangre negra en el Sureste.» Al leer tal juicio del sabio alemán, viene a traerse a la memoria nuestro pueblo, podríamos decir que es una explicación y traducción al léxico científico moderno del juicio de Mariana. Sólo la tradición etnográfica de la negra que amenaza a Portugal falta en aquellas palabras anteriormente transcritas.

El origen y afinidad racial del español con el hombre europeo era claro e indiscutible para el historiador español de los siglos de nuestro Imperio y también vuelve a serlo hoy para las ciencias históricas que analizan nuestros orígenes.
 La Arqueología y la Antropología prehistóricas refuerzan con los más recientes descubrimientos estos juicios, probándonos que nuestra raza y vida cultural fué europea durante el paleolítico y que, por tanto, la base de la población, sobre la cual se materializaron seguras invasiones africanas que llegan por España a toda Europa, es afín al hombre europeo. Está formada por el rhomo europæus, derivado de los cromañonoides paleolíticos.
 Del Oriente, directamente, o por el norte de África, nos llegará la alborada de la cultura agrícola y de la elaboración de los metales, realizada por pueblos ibéricos que centraron su expansión en la región almeriense con relaciones permanentes con la costa africana, desde Orán al Atlántico. Ellos serán la se-

gunda raíz de nuestra etnología. Ellos nos atan al África y nos dan una personalidad indiscutible, sobre todo hacia el Sur, aunque sin el color y la mezcla mora, es algo que no comprenderá, y si avanzó el hacia el Sur, dominando siglo tras siglo, y llegó a conseguir proyectar una aristocracia nórdica dominante hasta el Estrecho con esos Guzmánes, y Álvarez, y Núñez, y Herrera, y Velázquez, que suenan por Extremaduras y Andalucía, no por ello se puede olvidar su limpia raza racial hasta llegar a indicarnos que en África, allá por el Sahara, están nuestros orígenes.
 Hemos visto cuán homogéneo es nuestro pueblo; su fusión se ha logrado bajo el predominio racial y espiritual de las gentes más al norte del Tajo y del Júcar, gentes que representan siempre lo más vital de nuestra Historia y a la vez lo más europeo.

Puro romanticismo y sinrazón será ver algo nuestro en la Historia que de Europa se aparte. La frase de que el África empieza en los Pirineos es falsa y negadora de todas nuestras glorias, inventada en la Francia de mariscales con chorreros y calzon de seda de aquel Luis XIV, nuestro debelador, con el cual tenemos pendientes mil cuentas sin saldar los verdaderos españoles.
 Si las ciencias etnológicas de nuestros orígenes prueban esta tesis expuesta, hablaremos más en extenso próximamente del espíritu de la estirpe y de su formación, y más claro se verá entonces nuestra alta proyección, nuestras virtudes y nuestra verdad nacional.

DE COMO SE NACE EN ESTE SIGLO

Tras el íbero, que colonizó todo el Occidente hasta Inglaterra y más allá, llega a España el celta, quien representa la indoeuropeización total, la carianización de nuestro suelo; y aún llegaron algunos romanos y pueblos germánicos en número bastante más considerable que lo que haya pasado por nuestra tierra de judío en todas las épocas y de árabe con la invasión islámica, y que en realidad no representan una semitización de nuestro pueblo, pues lo que hacen únicamente es volver a unir a nuestros iberos de España con los de África por unos cuantos siglos, hasta que el europeo se vuelve a imponer definitivamente tras la cruzada que va desde Pelayo a Fernando el Católico.
 Somos hijos de Europa y en ella nos hemos de entender siempre. El África del Norte es nuestra proyección, pero no nuestra raíz. Y todo lo más activo y vital de nuestro pueblo y de nuestra Historia se enlaza con el Norte, que ganaza siempre hacia el Sur dominando. Lo demás son cuentos que nada nos importa saber, pues no nos tocan al co-

Por FELIX GARCIA BLAZQUEZ

griegos y romanos, constituyendo la razón jugosa de su vida, el agua de riego para su imaginación y su capacidad de recreativos goce superiores, se nos revela efectivamente como ilusión, ¿qué diremos de aquellas vidas doblemente ilusas, puesto que a su condición ingémita suman la peculiaridad de hallarse en un ambiente histórico sin respirar su sustancia, alejándose de él en flagrante contradicción; coexisten pero no coexistentes, sobre un mismo punto de fascinación y de empeño?

tan disidente, tan inusitada como el bueno de Don Quijote. Pero no tan entrañable, tan cordial, tan generosa, tan bien dispuesta para todo noble y humano servicio.
 Así, habrá que sustraer de la frase mentada todo apadrinamiento a cargo de Cervantes y entender sencillamente que la expresión perteneciente a una persona divagatoria en defensa de su extraño y singularísimo proceder.
 Pero no de la vida pasada de España, sino de la de ahora, es nuestra intención tratar, consignando sólo la gran dosis de ilusión divagatoria que esa vida ofrecía al pasar filtrada por el ingenio de aquel a quien las musas otorgaron mayor favor de gracia y verdad estética que a otro alguno.
 (Sigue a la página 12.)

Hay que consignar que la ilusión, como ritmo coincidente en la altura histórica de la vida, puede decaer a ilusión divagatoria, que es el género de ilusión de que están poseídos aquellos a quienes la luz de una época descubre y patentiza como disidentes, como detenedos, como discordantes, como alucinados. Siendo equivalentes actualidad histórica y realidad, en cuyo punto de coincidencia la ilusión se resuelve en verdad y con ella se identifica, la quebra de esta conjunción armónica pone de manifiesto el carácter divagatorio de una vida que asienta su raíz ilusivante fuera de la normal histórica vigente.
 Esta ilusión excéntrica, medida por la ley justa de la actualidad—sumum espiritual, evidencia, indeclinable altura, valiosidad, razón—, que la delata como divagatoria, precindiendo de su ropaje vistoso, de su porte encantador, de su seductora nobleza, es en definitiva impotencia espiritual. Y la vida sin la luz orientadora del espíritu es merced estéril que se consume en tanteos, veleidades y contradicciones. El estar a la altura histórica de una edad es salud; el ser discordante con ella, endeblez de espíritu, carencia de agilidad, exención de fortuna. Y lo grave del caso es que el excéntrico no sabe que es excéntrico, ni barrunta lo que le falta, ni lo que le sobra. Será tozudo en su egotista fascinación. Y, como Don Quijote, atribuirá sus caídas y los palos a encantamientos, villanías y reveses del acaso; nunca a razones superiores.
 Por eso, no la ilusión de que se nutre la vida corregida y levantada al nivel de la universalidad más calificada del espíritu, sino la otra, la ilusión divagatoria, es la que merece ser puesta de relieve para conocer sus flacos y su desatino. La hora clásica de una ilusión histórica puede haber corrido en el reloj de la Historia tan cautelosamente que, sin darse cuenta de ello, las gentes se hayan quedado abandonadas en el istio de los enanos divagatorios. Pues la ilusión divagatoria es a veces lo que voluntariamente y por una vocación poderosa de nostalgias acogemos con el tono emocional que tiene lo que no brota del suelo primario de la inefable realidad; pero otra es aquella situación de abandono, de delirio en que quedamos sumidos cuando se esfuma el ambiente histórico en el que hubimos operado conjuntamente a su tiempo.
 El héroe cervantino y alguna que otra criatura, parto de la fresca y graciosa imaginación del autor, se despliegan ante nuestra vista movidos por una ilusión divagatoria. La atmósfera del libro es de esta naturaleza. La concepción histórica, o la norma del espíritu vi-

gente, apenas se hace visible, y sólo como contraste, a fin de que haya ocasión a que brote el humor límpido, grato, sonriente; esta corrección realista queda a cargo de caberros, mozos de mulas, hidalgos, picaros, trajinantes. Pero más que un clima espiritual de positiva significación, es la fauna social de aquellos tiempos, frente a la cual se pone de relieve lo fantasmagórico de toda suerte de vidas cuya ánimo sean las nostalgias y las andantes caballerías.
 Marcela, que es quien habla lo que al principio se entrecorría, es una pastora literaria que apacienta ovejas en campos poéticos, deslumbrantes de una hermosura física soñada en la imaginación por modo análogo a la hermosura moral del caballero. Es tan evasiva,

